AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

11

ORIENTE



EGIPTO: TERCER PERIODO INTERMEDIO Y EPOCA SAITA



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

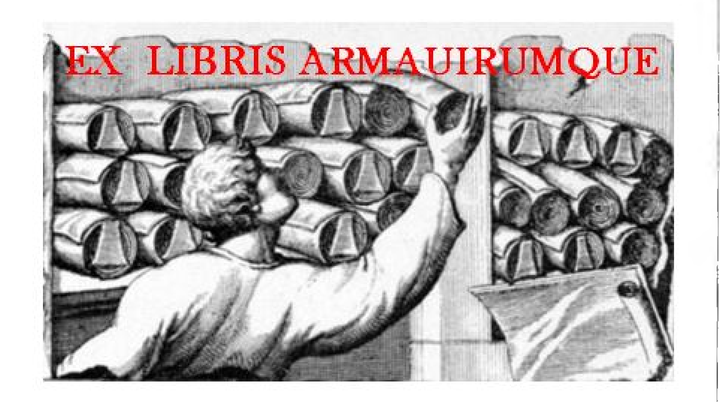
14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



ORIENTE



Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels. 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal:M.17.136-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-384-6 (Tomo XI)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EL TERCER PERIODO INTERMEDIO Y LA EPOCA SAITA

Francisco José Presedo Velo

Indice

I. Amenofis y Penehesi

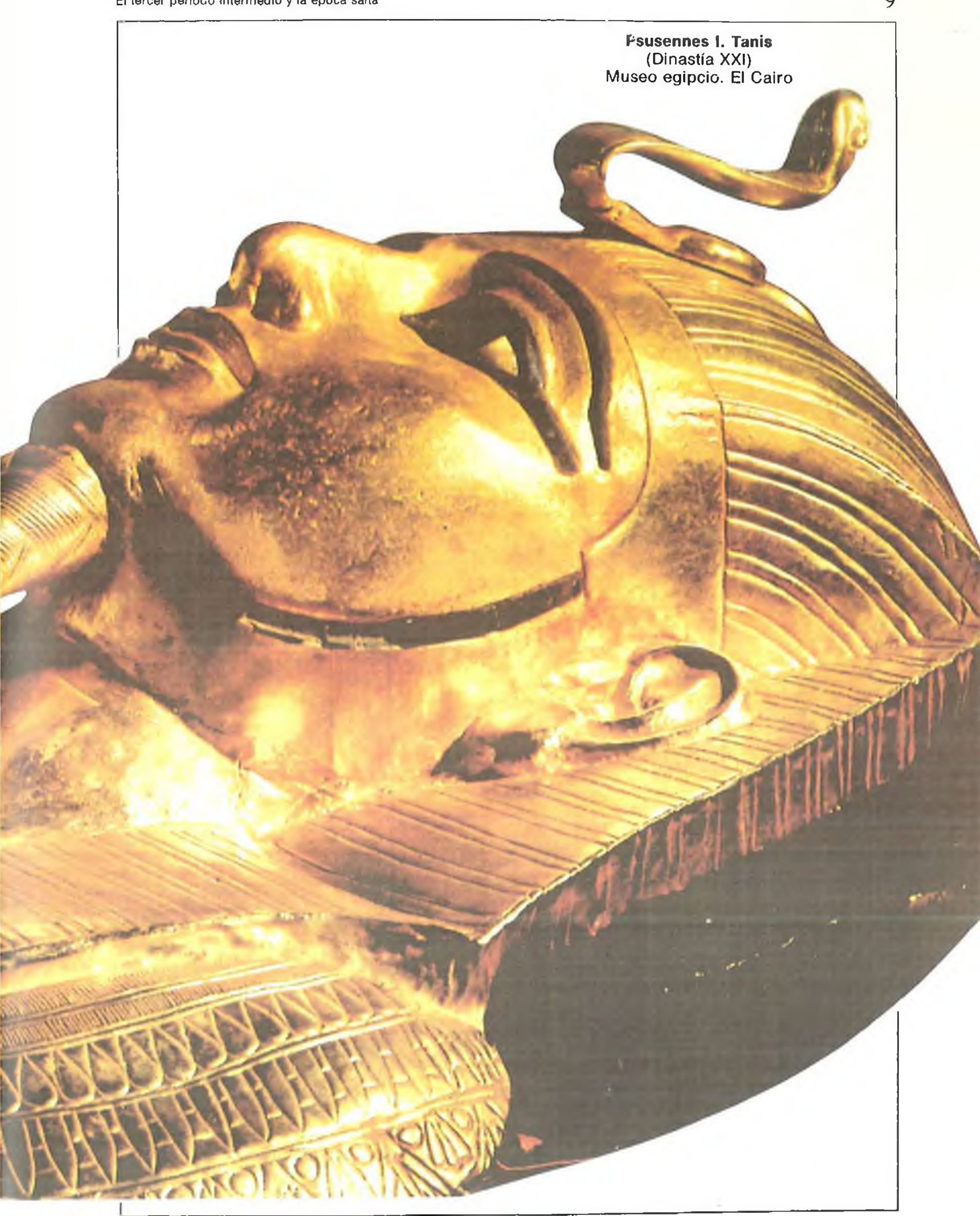
De los últimos años de Ramsés III la situación social de la Tebaida era de continua inseguridad. La crisis económica se manifestaba en algaradas de trabajadores hambrientos; crisis creada por la falta de suministros y manifiesta corrupción de los funcionarios altos y bajos, abusos de las guarniciones militares y saqueos disculpables de las tumbas, de los que no se libraban ni las mejor protegidas y en los que participaban incluso miembros de la administración. En esta complicada situación y en una ausencia casi total de textos históricos resulta muy difícil averiguar los papeles desempeñados por las figuras del momento: el gran sacerdote de Amón, Amenofis, el rey de Tanis, Ramsés XI y el virrey de Nubia, Panehesi, en un momento de crisis al que las fuentes aluden de una manera incompleta. Aún era gran sacerdote Amenofis en la primera década del reinado de Ramsés XI. Hay noticias de que en un momento determinado «los bárbaros vinieron y se apoderaron de Tho (el templo de Medinet Habu), mientras estaba yo cuidando unos asnos de mi padre. Y Peheti, un bárbaro, se apoderó de mí y me llevó a Ipip, después de haber hecho mal a Amenofis, que había sido gran sacerdote de Amón, durante seis meses. Y sucedió que yo volví cuando se había hecho un daño de nueve meses a Amenofis...». En otros textos contemporáneos se habla de la «guerra del gran sacerdote»; y se cree que ambos textos hablan del mismo suceso. Más difícil resulta relacionarlo con una revuelta en la que aparece Panehesi restableciendo el orden en Tebas con dureza ejemplar, y lo mismo en el distrito del norte en una guerra durante la cual Panehesi destruyó la ciudad de Hardai (Cinópolis, en Egipto Medio). Sobre estos hechos se han construido toda clase de teorías. Los historiadores tradicionales, como Helck y Gardiner, creen que el que se sublevó fue el ambicioso Amenofis y que el rey de Tanis, Ramsés XI, llamó a Panehesi, virrey de Nubia, para que restableciera el orden con sus milicias del sur. Este personaje jugó un importante papel en las postrimerías de la época ramésida, porque con él comienza la intervención de Nubia en la política interna de Egipto. Nubia dependía entonces de los grandes sacerdotes de Amón. Panehesi había recogido grano, por orden del faraón, en el sur de Tebas para alimentar a los obreros de la tumba del rey (año 12), y más tarde (año 17) se le ordena que coopere con el enviado del rey en «el país meridional» Ines, enviando por barco piedras preciosas y flores. Sin embargo entre los años 17-18 su

situación debió cambiar radicalmente, dado que aparece en las declaraciones de un juicio celebrado el año 19 como un enemigo declarado. Estos hechos difícilmente reductibles a un esquema, hacen que H. Kees crea que no tiene sentido una sublevación de Amenofis, teniendo a sus espaldas un personaje tan peligroso como Panehesi. Opina, pues, Kees que se trata de una sublevación popular de las masas hambrientas tebanas contra el gran sacerdote y el rey encomienda a Panehesi la pacificación. Parece que Amenofis fue repuesto, y más tarde sucedido por Ramsés-nakht. Probablemente, muy poco después, ya estaba Herihor en Tebas como gran sacerdote, y Panehesi se fue a Nubia, donde le encontramos en los años siguientes.

Ramsés XI (1098-1069 a.C.) y Herihor

Herihor es el personaje que sacaría partido de este estado de cosas. De origen oscuro, o por lo menos no noble, procedía del Medio Egipto. Černy cree que pudo ser yerno de Amenofis, pero no hay pruebas de ello. Su primera carrera la hizo en el ejército, y debió llegar a Tebas en edad avanzada. No sabemos por qué Ramsés XI le nombró gran sacerdote (Primer Profeta) de Amón, después de Amenofis o de su hijo Ramsés-nakht II, pero se supone que la razón fue que el rey necesitaba la colaboración de una personalidad que sustituyera al demasiado activo Panehesi. Asumió los títulos de «virrey de Kush», e «intendente de los graneros del faraón», títulos que hasta entonces detentaba Panehesi. Habitualmente empleó el título de «generalísimo del ejército del Alto y el Bajo Egipto». A partir de entonces combate a Panehesi y mantiene una actitud distante pero de acatamiento a Ramsés XI. De todos





Psusennes I. Tanis
(Dinastía XXI)
Museo egipcio. El Cairo

modos, se puede ver el camino hacia una cierta independencia en sus propios monumentos, ya que llevó a cabo una notable labor constructiva en Tebas, abandonada desde hacía mucho tiempo, y entre otras cosas elevó un templo a Khonsu. Las inscripciones de este templo nos permiten ver con claridad los pasos políticos que da Herihor. El *adyton* y cámara trasera del templo habían sido construidas por Ramsés III y sus inmediatos sucesores. La hipóstila es obra de Ramsés XI y de Herihor, mientras que el patio y el pilono pertenecen a Herihor sólo. Pues bien, en la puerta que une la hipóstila con el patio ya aparece como intendente de los graneros del faraón y virrey de Nubia, pero conserva el nombre de Ramsés XI. En el patio exterior comienza el mando único de Herihor y allí se arroga el título completo de rey del Alto y el Bajo Egipto. Además el año 19 de Ramsés XI el gran sacerdote adopta una nueva era de cómputo de los años denominada *whm msw*, es decir, «repetir el nacimiento» o «era del renacimiento», que no sabemos con motivo de qué fue adoptada, pero que en todo caso también es un signo de autonomía. Es curioso que nunca fue utilizada para fechar sucesos extratebanos. Herihor murió hacia el año 20 de esta era cuando aún vivía Ramsés XI.

Le sucedió su hijo Piankhi que recibió los títulos de «generalísimo», «gran sacerdote de Amón» y «virrey de Nubia», pero nunca aspiró a la realeza. Hizo la guerra contra Panehesi hasta el año 20 de la era del «renacimiento», especialmente el año 28 de Ramsés XI. En sus expediciones llegó hasta Baki (Kubán), aunque sin un éxito definitivo porque el territorio de Kush siguió en manos de Panehesi. Contra los que creen que el poderío de los grandes sacerdotes descansaba en lo religioso, cada vez se ve con mayor claridad que la base fundamental de su independencia real, aunque no formal, era el mando militar.

Para tener una idea clara de la situación de Egipto hacia el año c. 1080 a.C. diremos que en el norte se había producido un fenómeno similar al que hemos visto en Tebas. Por los mismos años que subía al poder Herihor, vemos en Tanis un personaje llamado Smendes (Nesbanebded) que asume poderes políticos similares a los de aquél. No cabe duda de que lo hacía con el consentimiento del rey, que sigue en Pi-Ramsés y deja que Smendes gobierne desde Tanis, que pasará a ser la capital efectiva. Con ello Egipto quedaba dividido en dos grandes unidades, el sur hasta el-Hiba y el norte, cuyo lazo de unión era Ramsés XI. Esta división continuará durante muchos años, y por ello, a partir de ahora será preciso seguir dos procesos históricos paralelos, el de los grandes sacerdotes tebanos y el de los reyes de Tanis, que sucederán al último de los ramésidas.

El viaje de Unamón

Esta narración que en cuanto a la forma es un relato histórico, no pasa de ser en cuanto a historicidad más que una obra «pseudoepigráfica», como lo es el «Cuento de Sinué», pero, como este último, es una obra que, por su intencionalidad y el ambiente histórico que describe, nos da idea de la situación de Egipto y sus relaciones con Fenicia. «Novela histórica» la llamó Lefebvre. Es el relato de un enviado de Herihor, gran sacerdote tebano, llamado Unamón, para que vaya a Biblos para comprar madera fina para construir la barca sagrada de Amón. Parte el año 5 de la era del «renacimiento», es decir el año 24 de Ramsés XI, día 16 del cuarto mes de la estación de verano. Pasa por Tanis, donde se presenta a Smendes y Tanutamón, su mujer, y les entrega la carta de Amón-Re, y le facilitan el viaje en una nave capitaneada por un fenicio,

y parte por el mar de Siria hacia las costas del norte. Allí empiezan las desgracias. El príncipe de Dor, un *cheker* (uno de los «Pueblos del Mar»), le obliga a darle un rico presente, un hombre del barco desembarca con todo el dinero que llevaba para la compra dado por Herihor y Smendes. Llega por fin a Tiro y finalmente a Biblos llevando consigo una imagen de Amón como talismán que le libre de todos los peligros. Después de alguna aparición milagrosa, el príncipe de la ciudad Chekarbaal le recibe y entabla con Unamón un diálogo que no carece de interés histórico en tanto que el fenicio admite que Amón sea el dios civilizador de Egipto y a través de Egipto de todos los países, pero no está dispuesto a darle la madera que le pide porque no es súbdito de Egipto, lo que quiere que quede bien claro. Ante tal disposición, es necesario recabar fondos de Egipto para pagar el gasto de los árboles. Es curioso que el príncipe se sienta extrañado de que venga él en persona a buscar la madera cuando tanto en Biblos como en Sidón hay treinta o cuarenta barcos que comercian con Egipto. Se envía, pues, un mensajero a Tanis para que traiga el precio de la tala. Smendes y Tanutamón envían: 4 jarras y un *kakmen* de oro, 5 jarras de plata, 10 piezas de tela de lino real, 10 fardos de buen lino del Alto Egipto, 500 rollos de papiro de buena calidad, 500 pieles de buey, 500 cuerdas, 20 sacos de lentejas, 30 cestas de pescado. La reina Tanutamón, por su parte, envía 5 piezas de lino del Alto Egipto, 1 saco de lentejas y 5 cestas de pescado. El príncipe se alegró y dispuso que 3.000 hombres y 300 bueyes partiesen al monte para cortar la madera y acarrearla a la playa. Pero no acabaron aquí las desdichas de Unamón, porque se presentó el *cheker* cuando estaba cargando los barcos exigiendo que no se le dejase marchar a Egipto. Cuando más desesperada era su situación, el príncipe de Biblos se compadeció de él y le mandó una cantante egipcia para mitigar sus penas, aunque dice al pirata que le aprisione cuando esté en alta mar. Logra librarse de sus asechanzas porque una tempestad le manda a las playas de Chipre (?) donde reina una mujer, Hatiba. La historia termina con Unamón en Alasiya (¿Chipre?), discutiendo con la princesa, pero es de sospechar que pudo volver a su patria con la madera para la barca sagrada de Amón. Desde el punto de vista de la ideología del cuento, podemos decir que todo el argumento consiste en dejar claro que los reyezuelos de Biblos y demás ciudades de Asia no hacen caso alguno del prestigio de Egipto, incluso en un momento el biblita se jacta de haber retenido a los enviados de Kha'emenwise, posiblemente Ramsés IX, que pasaron veinte años allí y fueron enterrados sin volver a su patria.

A ello contesta Unamón con una frase llena de contenido político, que refuerza la opinión que le merece la situación de Egipto: «En cuanto a Kha'emenwise, los enviados que te mandó eran hombres y él mismo era un hombre. Pero tú no tienes aquí a uno de sus enviados cuando dices: 'vete y mira a tus compañeros'. ¿Por qué en vez de esto no te alegras de poder hacer erigirte una estatua y poder decir en ella 'Amón-Re, rey de los dioses, me envió a Amón-del-camino (la estatua que llevaba Unamón), su enviado con Unamón, su enviado humano a buscar madera para la gran barca noble de Amón-Re, rey de los dioses?». Pero en el fondo creemos que todas estas dificultades se utilizan como argumento para demostrar el poder de Amón-Re, cuyo enviado es Unamón, además de llevar consigo la estatuilla del dios, lo cual recuerda a otras narraciones tardías como la famosa de la estela de Bentresh. Sin embargo, en el camino encuentra egipcios que viven en las cortes de Biblos y Chipre. El rey de Biblos tiene un mayordomo llamado Penamón.


MAR MEDITERRANEO
Ashdod
Askalon
Gaza
el-Balamun
Samannud
SEBENNYTOS
Lago Mariut
Sa el-Hagar
Tell el-Rubca
el-Arish
Tell el-Farama / PELUSIUN
Mendes
Kom
Dafana
Dafnae
Tell el-Heir/Migdol
SAIS NAUKRATIS
Kom Abu Billo
Bilbeis
Tell el-Yahudiya
Ausim
Abu Rawash
Kabret
Kubri
Qulzun
Giza
Saqqara
Mit Rahina MENFIS
Umm el-Sawan
Minas de
Gitsum
Hawara
Abusir el-Meleq
Ihnasya el-Medina
Oasis Bahariya
Cain el-Muftalla
el-Qasr
el-Bawiti
Qasr el-Megisba
Qaret el-Farargi
el-Sheikh Fadl
Tuna el-Gebel
el-Ashmunein
Oasis Farafra
Asyut
MAR ROJO
Wadi Gasus
Girga
ABYDOS
Dendara
el-Qasr
Wadi
Qift
Wadi Fawakhir
Medinet Habu
Hammamat
Armant
Oasis el-Dakhla
Gebel el-Tier
Tod
Karnak
NIBIS
Nagc el-Madamud
Luxor TEBAS
Qasr el-Ghueida
Esna
el-Kab
Edfu
Oasis el-Kharga
Nagc el-Hasaya oeste
Wadi el-Shatt el-Rigal
Gebel el-Silsila
ELEFANTINA
Aswan
Shellal
PHILAE
Isla Sehel
Tumas
Wadi el-Carab
Karanog

II. La Dinastía XXI y los grandes sacerdotes de Tebas



Copa de oro. Regalo a Psusennes I
Museo egipcio. El Cairo

El primer faraón de la dinastía es Smendes (Nesbanebded Meriamón, 1069-1043 a.C.), de origen desconocido, pero probablemente originario de Mendasera, personaje importante durante los últimos años de Ramsés XI (1080-1069 a.C.) porque aparece como valedor de Unamón, cuando hace su viaje a Fenicia. También sabemos por el mismo texto que estaba en buenas relaciones con Herihor. Sucedió a Ramsés XI, y de su reinado no se conoce casi nada. Una inscripción de Gebelein deja constancia de que estando en Menfis, tuvo noticia de que se había producido una catástrofe en Luxor por una crecida extraordinaria del Nilo que había inundado la columnata de Tutmosis III. En consecuencia el rey da orden de movilizar a 3.000 hombres para que saquen piedras de las canteras de Gebelein para reparar el daño. Estableció su capital en Tanis donde había residido antes de ser faraón. Menfis siguió siendo la segunda capital del norte. Fue reconocido como soberano en todo Egipto. Le sucedió Amenemnisu (c. 1043-1039 a.C.). En Menfis aparece como sumo sacerdote de Asha-khet cuyos descendientes conservarán el cargo durante un siglo.

Durante este período en Tebas gobiernan los Grandes Sacerdotes de Amón. Piankhi (c. 1074-1070 a.C.) del que ya hemos hablado, cuyo mandato se desarrolla aún en vida de Ramsés XI, pero durante el período de influencia de Smendes. Le sucede Pinedem I. Su pontificado se divide en dos períodos, uno de c. 1070-1055 a.C. durante el que gobierna como gran sacerdote, otro de c. 1055 a 1032 a.C. en el que se proclama faraón. Pero esta decisión no creó problemas con el rey de Tanis y se llegó a un acuerdo que Kitchen llama *concordato*, palabra que nos parece muy apropiada para definir el *statu quo* de los dos poderes. Los grandes sacerdotes de Tebas reconocían a los de Tanis como soberanos de todo Egipto, y éstos a su vez que los descendientes de Herihor y de Piankhy detentarán el gran sa-

cerdocio de Amón, el mando del ejército del sur. Todo ello se reforzó con matrimonios entre las dos casas «reales». Pinedem se casó con Henttawy, hija de Smendes y Tanutamón, y una hija de Pinedem casó con el propio Smendes o su hijo Amenemnisu. Tebas y su región vivieron años de inquietud social, que como hemos visto era crónica desde hacía muchos años. Ya apuntamos algunas de sus causas y ahora debemos añadir otra que afecta a la política desarrollada por estos grandes sacerdotes. Toda su preocupación era colocar a los miembros de la familia, hombres y mujeres, en los puestos religiosos, civiles y militares, que llevaban anejos, rentas y propiedades, en una región que sufría una gran crisis económica. Esto tenía necesariamente que enemistarles con las grandes familias tradicionales, que se veían desposeídas de prebendas que habían disfrutado siempre. Por su parte, bandas de hambrientos remediaban su penuria saqueando las tumbas del Valle de los Reyes. Pinedem se preocupa de la conservación de las momias de los grandes faraones del Imperio: Tutmosis II, Amenofis III, Ramsés II y Ramsés III. Pero no sólo se dedicó a esta piadosa labor sino que inició la construcción de la gran fortaleza de El-Hiba. Esta se halla en el Egipto Medio, a unos 20 kms al sur de Heracleópolis, y protegía por el norte el territorio controlado por los grandes sacerdotes tebanos. Su finalidad debió ser la protección de la navegación por el Nilo, y sirvió de residencia a los grandes sacerdotes que vivieron más allí que en la propia Tebas. Es posible que lo hicieran para estar en contacto con el ejército y huir de las revueltas que se producían en Tebas con demasiada frecuencia. De todos modos, hizo obras en Medinet Habu y en el templo de Khonsu en Karnak. Cuando asumió el título de rey parece que lo hizo basándose en la legitimidad que le daba su matrimonio con una princesa tanita. Pronto nombra a su hijo Masaharte gran sacerdote de Amón y general del sur, pero es posible que éste muriera antes que su padre. También fue efímero el mandato como general del sur de otro hijo de Pinedem, dado que pronto encontramos a Menkheperre, gran sacerdote y generalísimo, que es llamado a Tebas por Amón para allí sofocar un levantamiento de alguien que no conocemos, en el curso del cual se había desterrado a unos cuantos al oasis de Kharga, lugar tradicional de confinamiento para los presos políticos. Según la estela «del destierro», Menkheperre llegó a Tebas como pacificador y consiguió un oráculo de Amón para que se perdonase a los desterrados, y al final logra que se castigue con la muerte a los culpables de asesinato del pueblo. Menkheperre continuó las fortificaciones de El-Hiba y edificó otra en Shurafa. Conocemos sus trabajos en los grandes templos tebanos, entre otros la construcción de un muro al norte del templo de Amón «para cubrir el templo de su padre Amón-Re y desembarazarlo del populacho, después de encontrarlo con casas de egipcios instalados en los patios de Amón... habiendo echado a las gentes de Tebas fuera del templo de su padre Amón, con el fin de santificar el templo del que Había-sido-santificado-en su templo».

En Tanis sube al trono Psusenes I (c. 1039-991 a.C.), hijo de Hentaui, pero sin certeza de quien fue su padre. La reina Mutnedmet disfrutó de cargos y prebendas sacerdotales en Tanis, lo mismo que sus colegas de Tebas, siguiendo en esto el ejemplo de su marido el rey que también imitó a los grandes sacerdotes del sur proclamándose gran sacerdote de Amón en Tanis. Posiblemente una princesa tanita se casó con Menkheperre. Da la impresión que por esta época tanto los reyes de Tanis como los grandes sacerdotes de Amón de Tebas aspiraban ante todo a los beneficios eclesiásticos que les aseguraban una exis-

tencia cómoda en perjuicio del resto de la sociedad egipcia. Las excavaciones de P. Montet en Tanis han descubierto las tumbas de los cortesanos de este reinado y de sus distinguidas familias, que detentaron cargos civiles y militares, así como las obras que llevó a cabo este faraón, sobre todo en la capital en el templo de Amón. Durante algún tiempo tuvo como corregente a Amenemope (c. 993-984 a.C.), quien le sucedió en el reino. De él no nos queda casi nada. Le sucedió Osochor, que reinó seis años (984-970 a.C.). Lo más importante de estos dos reinados consiste en que tenemos unas vagas noticias de relaciones con el reino de Israel, recién constituido bajo la égida de David en lucha contra los filisteos de la costa y los restos de los cananeos. I Reyes, 11, 14-22 nos habla de la conquista de Edom y de que el príncipe Hadad buscó refugio en Egipto donde fue bien acogido. Se le dio casa y medios de subsistencia y tierras, a la vieja manera egipcia. Su hijo Gumbath se crió como paje entre los hijos del faraón, lo mismo que hacían los hijos de los príncipes sirios y nubios en los tiempos gloriosos de Tutmosis III. Cuando murió David, Hadad y su hijo volvieron a Edom para recuperar su reino.

En Tebas Pinedem II ejerció su sacerdocio con la meta política de crear un entramado familiar con las grandes familias tebanas ricas, a las que otorgaba los sacerdocios menores o secundarios. Debió necesitar su colaboración para fines determinados. Durante su pontificado se descubrió un caso de corrupción administrativa. En él estaban implicados los escribas, inspectores y administradores, que fueron condenados; pero había también un tal Sudawitaein que fue absuelto.

Siamón (c. 978-959 a.C.), faraón de Tanis es notable por sus obras en el templo de Amón de Tanis y en Menfis, además de su actuación en el exterior. Ya nos hemos referido al refugiado Hadad, cuya vuelta a Edom debe caer cronológicamente en el reinado de Siamón. Un texto de I Reyes, 9, 10 dice que «Faraón, rey de Egipto, había subido, apoderándose de Gezer y prendiendo fuego a la ciudad, y había matado a los cananeos que habitaban en ella. Luego habíala dado en dote a su hija la esposa de Salomón. Ahora bien, Salomón reconstruyó Gezer, etc.». Si el hecho ocurrió en los primeros años de Salomón (970-960 a.C.) todo el relato coincide con el reinado de Siamón. Es posible que testimonio de este relato sea un relieve del templo de Amón de Tanis en el que aparece el faraón majando a un prisionero que empuña doble hacha de tipo egeo. Kitchen opina que tanto la guerra como la paz subsiguiente con Salomón y el matrimonio de la princesa egipcia con el Rey Sabio tuvieron fines comerciales para evitar la rivalidad fenicia que se hacía cada día más activa.

Psusenes III (969-945 a.C.), gran sacerdote de Amón de Tebas tuvo que hacer frente al mal endémico de la región, el robo de tumbas; pero en lugar de reparar las momias y volver a enterrarlas se le ocurrió una idea a la que debe gratitud la moderna arqueología egiptológica. Reunió las momias en un lugar excavado en la roca de Deir el-Bahari, y allí las amontonó junto con las de las reinas, de tal manera que la mayor parte de los faraones tebanos fueron salvaguardados para la posteridad. Su hallazgo por Mariette en 1881 constituyó una aportación espectacular a la historia del Imperio Nuevo, completada diez años después por Daressy, quien en un lugar cercano halló 131 sarcófagos de grandes sacerdotes de Amón, de valor inestimable para la prosopografía tebana.

El último rey de la Dinastía XXI tanita parece que fue Psusenes II (c. 959-945 a.C.) del que no se sabe prácticamente nada, e incluso se cree que puede ser la misma persona de su homónimo el gran sacerdote de Amón.

III. Dinastía XXII. Los libios

Poco después del año 950 a.C. el trono de los faraones pasó a manos extranjeras, concretamente de los libios que desde siempre habían gravitado sobre Egipto, pero que lo hicieron con mayor intensidad durante la Dinastía XX. Asentados como militares recibieron tierras en el Bajo Egipto y denominados «jefes de los *ma*» (abreviatura de masheuesh) se egipcianizaron profundamente. La estela del Serapeum, encontrada por Mariette, erigida por Pasenhor, comandante militar y gran sacerdote de Arsafes en Heracleópolis durante el reinado de Sheshonq IV, registra las genealogías de la Dinastía XXII. Es una familia asentada en Heracleópolis desde Buyuwawa. Sus descendientes, a partir de su hijo, no detentaron el cargo de Padre Divino de Arsafes y de gran jefe de los ma hasta la sexta generación que es la de Namlot (Nemrod), cuyo hijo Sheshonq subió al trono iniciando una nueva dinastía, a la muerte de Psupsenes II, que no dejó heredero varón. Desde su subida al trono en Tanis fue reconocido por todo el Bajo Egipto y un poco a la fuerza, pero sin violencia, por Tebas y el sur. Su política fue la de la unidad del país, y en cuanto a Tebas utilizó el procedimiento de controlar los grandes sacerdocios y las alianzas matrimoniales con las grandes familias tebanas. Nombró a su hijo Iuput gran sacerdote de Amón y generalísimo del ejército. En Heracleópolis colocó a su hijo Nimlot como «caudillo de todo el ejército».

En política exterior trató de volver a los caminos tradicionales del imperialismo egipcio. Es posible pero no seguro que hiciera una campaña en Nubia, independiente desde hacía 100 años. En Asia, a la muerte de Salomón, se lanzó a una activa política militar. Jeroboan, hijo de Nehat, había huido a Egipto escapando de Salomón contra el que se había sublevado. Bien acogido por Sheshonq, permaneció en Egipto hasta que a la muerte de Salomón le llamaron sus partidarios. El faraón aprovechó la división de Israel para lanzar una expedición militar en toda regla, aprovechando él la ocasión de un incidente fronterizo «y sucedió que el año quinto del rey Roboan, Susaq, monarca de Egipto, subió contra Jerusalén. Y se apoderó de los tesoros de la casa de Yahveh y del palacio real; todo lo cogió, robando asimismo todos los escudos de oro que Salomón había fabricado» (I Reyes, 14, 25-26). «El año quinto del rey Roboan, Susaq, rey de Egipto, subió contra Jerusalén —pues fueron desleales a Yahve— con 1.200 carros y 60.000 de a caballo, siendo innumerable el ejérci-



Pectoral de Psusennes I. Tanis
(Dinastía XXI)
Museo egipcio. El Cairo

to que vino de Egipto con él: libios, sukkies y nubios. Y se apoderó de las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén» (II Crónicas, 12, 2-4). Utilizando fuentes epigráficas, especialmente el relieve de Karnak, Kitchen cree que la expedición partió de Gaza después de despachar tres columnas a Hazar-Addar, a Ezion Geber y a Rech-Anat. El cuerpo principal partió hacia Jerusalén, llegando hasta Taanakht y Megiddo, desde donde volvió hacia el sur por Gezer, Ascalón y Gaza y entró en Egipto dejando atrás dos estados judíos en ruinas.

La recuperación de Egipto se manifestó en las construcciones del rey en Tebas y Menfis. De Menfis no queda nada pero de Tebas se conserva mucho. Se abrieron las canteras de Silsira y en el templo de Amón de Karnak empezó la construcción de un gran patio, y en la salida sur, a lo largo del segundo pilono, se grabó la escena del triunfo del rey en su campaña palestina.

Osorkon I (c. 924-889 a.C.)

De los primeros años de su reinado conocemos donaciones a los dioses egipcios de Heliópolis, Hermópolis, Bubastis, etc., que alcanzan cifras realmente enormes, lo que demuestra el buen estado de las finanzas reales cuyas fuentes desconocemos aunque hay que pensar en una buena administración y en el botín de las campañas de Sheshonq I. Respecto a Tebas su política no difiere de la de su padre enviando a su hijo Sheshonq, habido de la reina Maatkatre. hija de Psusenes II. Disponiendo asimismo de los cargos secundarios. En el orden internacional mantuvo relaciones con Biblos y es posible que en su reinado tuviera lugar la expedición de Zerah, el nubio, contra Aza de Judá. Al final de su reinado nombró corregente al gran sacerdote de Tebas Sheshonq, y a la muerte de éste el trono pasó a su hijo Takelot I.

Takelot I (c. 889-874 a.C.)

Ha dejado muy pocas noticias. Sus hermanos de Tebas no le hicieron demasiado caso.

Osorkon II (c. 874-850 a.C.)

A comienzos de su reinado designó gran sacerdote de Tebas no a un hijo o hermano como habían hecho sus antecesores sino a Harsiese, su primo, hijo de Sheshonq II, dando así lugar a que en Tebas volviese a existir algo parecido a una dinastía paralela de grandes sacerdotes, y que a la larga llevaría a la guerra civil. De momento Harsiese adoptó una titulatura real y sin duda fomentó las ansias de independencia de la Tebaida. Sin embargo Osorkon II corrigió en la medida de lo posible este primer error y en Heracleópolis puso a su hijo Nimlot como gran sacerdote de Arsafes, jefe de la fortaleza de Pisekhen-Kheperre y generalísimo. Cuando murió Harsiese lo designó gran sacerdote de Amón de Tebas. En Menfis nombró a su hijo mayor Sheshonq gran sacerdote de Ptah, acabando con el privilegio de la familia que había mantenido el sacerdocio durante dos siglos.

En política exterior mantuvo buenas relaciones con Biblos y dio un viraje completo a sus relaciones con los reinos hebreos. Fue contemporáneo de dos grandes conquistadores asirios: Assurbanipal II (884-859 a.C.) y Salmanasar III (859-824 a.C.), que se lanzaron decididamente a la conquista de Siria y Palestina. En la batalla de Qarqar (853) combatieron codo con codo los reyes de Hamath, Damasco, Israel, soldados de Biblos y 1.000 soldados de Egipto entre otros.

Es un buen ejemplo de que Egipto veía con claridad el nuevo peligro que se cernía en el horizonte.

Takelot II (c. 850-825 a.C.)

Egipto deja de actuar en Asia y se sitúa en política de cooperación a distancia con los estados de Siria y Palestina que temen la expansión asiria. En el obelisco negro de Salmanasar III aparecen pagando tributo el asirio Jehu de Israel y otros, entre los que se cita el tributo del país de Musri (Egipto).

En Tebas la figura fue Nimlot, gran sacerdote de Amón, gobernador de Tebas y Heracleópolis y hermano del rey, con cuya hija Karomama se había casado el rey. En estos primeros años la casa real de Tanis buscó las alianzas matrimoniales en Tebas y así varias princesas fueron a casarse a la capital del sur. Pero pronto estalló el problema tebano en forma violenta. Ya el viejo Harsiese, gran sacerdote, murió de una lanzada en la cabeza y que Kees cree que fue asesinado en un clima de violencia que se venía arrastrando desde finales de la época ramésida. El año 11 Takelot nombró gran sacerdote de Amón a Osorkon, su hijo mayor de la reina Karomama. Fue una figura muy importante, cuyo pontificado en Karnak duró por lo menos 52 años, ciertamente llenos de conflictos. Escribió unos *Anales* que empiezan el año 11 del rey Takelot II. Nos describe su viaje al Alto Egipto como una expedición militar. Se detuvo en El-Hiba y desde allí inició las operaciones atacando las ciudades del Egipto Medio. Su meta era «desterrar la injusticia», «purificar los templos», etc. Llegó a Tebas donde hizo ofrendas a Amón y le donó su botín de guerra. Los sacerdotes le saludaron y toda la casa de la esposa divina de Amón le dedica música y ramos de flores. En Tebas los sacerdotes anunciaron algunas irregularidades en el culto y la administración. Los culpables fueron traídos a presencia de Osorkon, condenados a muerte y quemados. A continuación promulgó una serie de decretos ordenando la administración de los templos tebanos. El gran sacerdote no residía habitualmente en Tebas sino en la fortaleza de El-Hiba y visitaba Tebas varias veces al año. El año 13 «sin que ningún presagio anunciara el desastre» se desencadenó la guerra civil en el norte y en el sur. No es fácil averiguar qué fuerzas intervinieron en la lucha que duró una década. Se habla de los enemigos del rey que, «fomentaban la discordia civil en el norte y en el sur». Todo el país estaba en armas. El carácter social de la subversión asoma en las palabras del propio Osorkon quien al narrar los hechos en sus *Anales* dice: «Soy yo el que se apoderará de esta tierra». Luchó al lado de su padre infatigablemente, y parece que al cabo de los años, no se sabe con precisión, todos estaban exhaustos. Parece seguro que una delegación de tebanos vino a entrevistarse con Osorkon para arreglar las paces. De ser cierto, tendríamos en la guerra civil un enfrentamiento entre los tebanos y el norte. En el texto se dice que el dios Amón vino a ver a Osorkon y que éste imputa al dios el ser demasiado complaciente con los rebeldes, lo que quiere decir en nuestra opinión que el santuario tomó parte en la revuelta, o mejor dicho, el clero que lo ocupaba. El final fue una política de conciliación y, cargada de regalos para Amón, una flota navegó para el sur bajo el mando de Osorkon, siendo recibido con el mismo fausto que la primera vez. La paz duró algunos años, pero de nuevo el sur se rebeló y Osorkon volvió a quedarse solo y sin el apoyo de sus súbditos y fieles. Perdió el sacerdocio y el gobierno del sur. Mientras tanto moría el rey Takelot II en Tanis y subió al trono Sheshonq III, mientras que su hermano mayor Osorkon seguía en sus guerras meridionales.

IV. La división del reino y la aparición de la Dinastía XXIII

Sheshonq III (c. 825-773 a.C.)

Disfrutó de un reinado que sólo cede en duración al de Ramsés II. Resolvió el problema tebano nombrando a un gran sacerdote bienquisto de los tebanos en la persona de Harsiese, y con ello se vio reconocido por ellos como soberano. De momento se rehacía la unidad egipcia, aunque a los pocos años se produce una secesión que iba a ser duradera. No sabemos cómo un tal Pedubast (818-793 a.C.) aparece como rey junto a Sheshonq III. No se trataba de una corregencia sino de una verdadera división del reino. Pedubast tuvo su cómputo anual propio y su propia capital en Leontópolis, y parece que contó con la anuencia del rey de Tanis, e incluso los dos eran oficialmente reconocidos en todo Egipto. Esto demuestra que la decadencia de la autoridad real había alcanzado cotas bajísimas. De todos modos la división dio lugar a nuevas alineaciones políticas. Pedubast fue reconocido en casi todo el país y sobre todo en Tebas, deseosos los tebanos de prescindir de una vez de sus lazos con los reyes tanitas. Es curioso observar como el odio era casi exclusivo de las clases políticas mucho más que de las gentes del común, que siguen relatando sus documentos por el cómputo de Sheshonq III. Los representantes de la nueva dinastía se asientan en Tebas sin dificultad durante algunos años. Inesperadamente el viejo príncipe Osorkon se presenta en Tebas, después de 20 años de ausencia, eclipsando a su rival Harsiese, que vuelve a dar señales de vida 10 años después, hasta que el año 29 de Sheshonq (22 de Pedubast), tal vez a la muerte de Harsiese, vuelve Osorkon. Después aparece Takelot como gran sacerdote aunque el viejo Osorkon había de volver a las andadas. Consigue situar a su hermano menor Bakenptah como general de Heracleópolis, y juntos, «derrotaron a todos los que lucharon contra ellos». Tenía más de 80 años.

En Menfis Sheshonq controló los grandes sacerdocios y el Delta estuvo repartido entre las dos dinastías.

Pedubast había nombrado un corregente el año 804 que le sucedió en el 793 y reinó sólo como el faraón Iuput I hasta el 783. De él tenemos algunos monumentos y fue sucedido por Sheshonq IV (c. 783-777 a.C.) de cuyo breve reinado sólo sabemos que fue reconocido en Tebas y le sucedió su hijo Osorkon III.

En Tanis seguía reinando Sheshonq III. Construyó bastante y lo más importante fue el pilono enfrente del templo de Amón en Tanis con materiales traídos de Pi-Ramsés. Su tumba está enfrente de dicho pilono.



Máscara funeraria de Amonemope
(Dinastía XXI)
Museo egipcio. El Cairo

A la muerte de Sheshonq III reinó su hijo Pimay (773-767 a.C.). De su reinado conocemos la muerte de un buey Apis, algunas estelas de Menfis a nombre de Pediese y de su hijo Harsiese. Fue reconocido al sur de Tebas y de él quedan algunas construcciones en Tanis y estelas en Bubastis. Le sucedió su hijo Sheshonq V (c. 767-730). Con él la casa real de Tanis va perdiendo autoridad. Un nuevo jefe de los *ma*, llamado Harnakht sucede a su padre en Mendes sin reconocer a soberano alguno. Más tarde aparece un nuevo *ma* en Sais llamado Osorkon que extiende su mando por el Delta occidental hasta Buto y Kom el-Hism como un verdadero principado. En Leontópolis Osorkon III (777-754 a.C.) era reconocido en Mendes y Menfis. En Heracleópolis el rey de Leontópolis consigue instalar a su hijo Takelot como sacerdote de Arsafes, destronando a los sucesores de Pasenhor que también fue gran sacerdote de Amón en Tebas. Al subir al trono de Leontópolis como Takelot III (754-734), dejaba vacantes Heracleópolis y Tebas. En Heracleópolis se entronizó a Peftauawy Bast y en Tebas dirigió los destinos del templo Shepenutet, hija de Osorkon III, siguiendo una tradición de «esposas divinas de Amón», recuerdo de la

gran Hatshepsut y que recibió los títulos de «señora de las dos tierras», «unida con el corazón de Amón», «señora de las apariciones», «Shepenupet I», «Merimut IV», «esposa divina de Amón» y «adoratriz del dios». De una u otra forma la dinastía iba tocando su fin cuando Takelot quedó como único rey, los jerarcas del Egipto Medio se arrogaron actitudes y títulos reales en Heracleópolis y Hermópolis.

La dinastía de Tanis también va por mal camino. Osorkon IV, su último rey (730-715) sólo controlaba Bubastis y Tanis. Son contemporáneos suyos Heleontópolis, Rudamún (734-731) y Iuput II (731-720).

Estado del Bajo Egipto en la época libia

La monarquía libia fue la culminación de un proceso de asimilación de los libios asentados después de Ramsés III. Se incorporaron al ejército y recibieron lotes de tierras. Una vez asentados, como ocurre siempre, vinieron otros. Ya hemos visto como uno de los núcleos fundamentales fue Heracleópolis desde donde partió la Dinastía XXII en su origen. Pero no fue un caso único sino un ejemplo de un fenómeno mucho más general. En las ciudades en las que se asentaron los libios tuvieron primero un mando militar y ascendieron después a los sacerdocios de los dioses locales y se casaban con miembros de las familias egipcias. Estos jefes se egipcianizaron al máximo aunque siguieron distinguiéndose con el nombre de jefes de los *ma* y con el de jefes de los *libu*. Se adaptaron a las estructuras egipcias de la realeza, el funcionariado y los templos. Poco a poco penetraron en ellos acelerando un proceso en marcha. Durante la primera época de los osorkónidas, la monarquía mantuvo el país con una cierta unidad y esto funcionó según las pautas tradicionales. Ya en la segunda parte de la Dinastía XXII el reino se dividió, como hemos visto, y el único poder efectivo era el de los jefes militares-sacerdotes, dueños de su feudo, de tal manera que el mapa político del Delta fue un mosaico de jefes y pequeños señores feudales que se agrupaban de alguna manera por regiones. Kitchen ha logrado hacer un mapa sobre los estudios de Yoyotte en el que sitúa a estos jefes de la manera siguiente: la zona situada al este del brazo sebenítico del Nilo está ocupada por los *ma* y constituye la base fundamental de la Dinastía XXII con las ciudades de Tanis y Bubastis. La zona de Mendes, también de los *ma*, y la zona de Leontópolis serán el feudo principal de la Dinastía XXIII. Las regiones de Busiris y Athribis hasta Heliópolis, corresponden a feudos de los príncipes de la Dinastía XXII, lo mismo que las tierras de la orilla derecha del brazo canópico con las ciudades de Buto y Sais que están en la misma situación. La parte occidental del Delta hasta el Wadi en-Natrum sólo era un feudo de los *libu*. La franja central del Delta con la ciudad de Xois sigue en poder de los egipcios autóctonos. Un siglo después el mapa queda alterado notablemente con la expansión de los *ma* al sur del brazo pelusiaco y al oeste del sebenitico. El antiguo reino de los *libu* incorpora la zona de Buto y Sais, antes de los *ma* y la región de Xois antes egipcia. La zona de Menfis era disputada por orientales y occidentales. Heracleópolis era un feudo libio desde hacía siglos y al sur El-Hiba, la gran fortaleza de Egipto Medio, estuvo en manos de los tebanos y después de los Osorkones. En Tebas, cada vez más alejada del norte, se habían instalado príncipes libios pero con varia fortuna. En suma, el verdadero poder estaba en manos de estos grandes señores, los jefes de los *ma*, quienes reconocían al rey que creían conveniente para sus intereses.

V. Dinastía XXIV

Como decíamos más arriba, en Sais apareció un nuevo centro de poder. Entre los nuevos jefes destacó el Osorkón ya citado y su sucesor Tefnakht que aparece el año 36 de Sheshonq V como jefe de los *ma*, general y gran jefe de los *libu* y dos años después añade a sus títulos el de «gran jefe de todo el país, profeta de Neith, Edo, y la señora de Ilau». Así afirma su dominio sobre Sais, Buto y Komel-Hism, y llegará a ser príncipe de las provincias occidentales, dominando todo el Delta occidental desde la antigua capital de Itet-Tawy (Lisht) hasta el Mediterráneo. Dotado de una gran ambición se lanzó a la sumisión del Delta oriental y hacia el sur, buscando la conquista del Egipto Medio. Allí chocó con la resistencia de Heracleópolis. Su política imperialista amenazaba a los reyes de Tanis (Dinastía XXII) en cuyo trono estaba Osorkon IV y a la de Leontópolis (Dinastía XXIII) con su rey Iuput II.

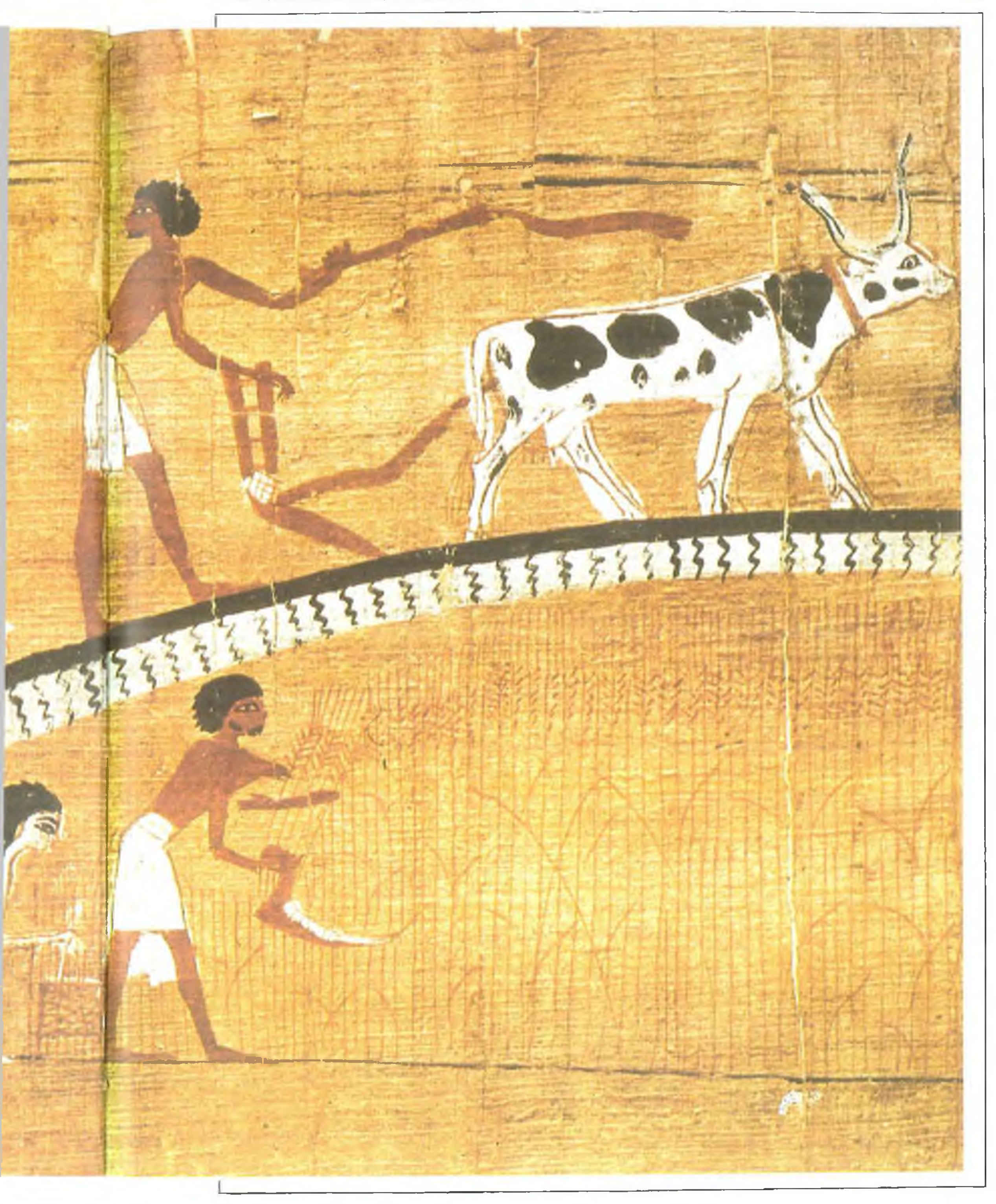
El reino de Napata. Los etíopes

Mientras en el Bajo Egipto se desarrollaba la historia de las Dinastías XXII y XXIII, con una progresiva decadencia del poder real y un auge de los dinastas locales, en la lejana Nubia surgía una nueva fuerza política llamada a reunificar Egipto y lanzarlo incluso a algunas aventuras imperialistas. Su capital fue Napata, situada aguas abajo de la cuarta catarata, en el extremo de la región de Dongola (Dongola Reach). Las ruinas de la ciudad propiamente dichas fueron encontradas por la misión arqueológica de la Universidad de Roma dirigida por Sergio Donadoni. Se encontraron tres templos pero no casas privadas ni cementerios particulares. Debió ser fundada por Tutmosis III de quien procede la famosa estela del año 47. En esa estela se hablaba de la fortaleza *Zm3 H3stiw*, que debió ser el núcleo principal de Napata. Después hay monumentos de Tutmosis IV y de los virreyes de Nubia de la época de Amenofis III. La primera cita específica de Napata aparece en la estela de Amada de Amenofis II cuando mandó colgar al sirio en sus muros. Napata no fue un centro administrativo sino un centro de cambio para el comercio del interior de Africa. El distrito era conocido durante la Dinastía XVIII como Karei y comprendía ambas orillas del Nilo desde la moderna Kurru hasta Nuri, incluyendo Merowe, Barkal y Kareima. Se trata de una zona profundamente egipcianizada y los antepasados de la dinastía que vamos a estudiar son probablemente

una familia egipcia de pura ascendencia kushita que se remonta a los jefes de Kerma. La desaparición de la presencia política egipcia, a partir de la Dinastía XX, hizo posible la independencia de estos jefes. Ya hemos visto como Panehesi (el nubio) intervenía en los asuntos de Tebas. La arqueología ha rescatado los enterramientos de dieciséis antecesores de Piankhi en el cementerio de el-Kurru. Desde un punto de vista histórico-cultural, los enterramientos de esta necrópolis muestran una evolución que va desde el túmulo de tierra sobre tumba de pozo con el cadáver flexionado sobre el lado derecho y la cabeza al norte, el túmulo rectangular de piedra escuadrada, y la tumba profundamente egipcianizada con cubierta piramidal, conservando siempre un rasgo típico de todo el Alto Egipto y Nubia, es decir, con el cadáver descansando sobre una cama en actitud durmiente. De todos modos la egipcianización era completa hacia comienzos del siglo VIII a.C. Recurriendo a los pocos datos históricos que conocemos ha de decirse que en el centro de la región está el Gebel-Barkal donde existieron templos de Tutmosis III y IV y durante la Dinastía IX se construyó el templo de Amón, luego ampliado por Piankhi. En este templo vivía una colonia de sacerdotes egipcios. En términos socioculturales se trata de una región profundamente aculturada que evoluciona independiente de la metrópolis. Piénsese en el papel que juegan las reinas madres, según la tradición neolítico-africana que vemos ya en la escena del tributo del visir Huy en Tebas y encontraremos mucho después en relieves meroíticos. Pero queda vinculada a Egipto por lazos religiosos e ideológicos, y tal vez un cierto redentorismo propio de los sacerdo-



Papiro funerario de la cantante de Amón. Tadimut (parte izquierda)
(Dinastía XXI)
Museo egipcio. El Cairo



tes egipcios en el exilio, muy propio de coloniales tradicionalistas.

El primer nombre conocido es el de Alara, probablemente descendiente de los antiguos jefes de Kush que encontramos en Kerma, cuyas inscripciones de Kawa (frente a Dongola) demuestran que su reino se había extendido hasta la tercera catarata y que era devoto de Amón. Le sucedió su hermano Kashta (747 a.C.), según el principio de que la herencia pasaba de hermano a hermano y después al hijo del hermano mayor. De Kashta sabemos muy poco pero sí lo suficiente para ver que empezó a influir en el Alto Egipto. Tomo el título de rey aunque no toda la titulatura del faraón, ocupó toda la Baja Nubia y erigió una estela en el templo de Khnum de Elefantina. Tuvo dos hijas, Pebsaker y Amenirdis, y un hijo, Piankhi, que le sucedió en el trono.

Piankhi (747-716 a.C.)

Es el primer rey de Kush que adopta una actitud política plenamente egipcia. Se titulaba «toro poderoso que aparece en Napata», «que dura en realeza como Re en el cielo», «santo en epifanías», «poderoso de fuerza», títulos tomados directamente de la titulatura de Tutmosis III tal como los había dejado el propio Tutmosis III en su estela de Gebel Barkal. No cabe duda de que se trata de un mimetismo propio de un semibárbaro que pretende imitar a los grandes faraones. Reisner resume así su carácter: «Piankhi was not an Egyptian. The first great King of his line, raised among a half-savage people, the conqueror of Egypt, he was filled with a pride and arrogance almost beyond the conception of modern scholars».

Ya en el comienzo de su reinado parece que estableció guarniciones en el Alto Egipto y se proclamó protector de Tebas. Es posible que buscara alianzas entre los dinastas del Medio Egipto. Kitchen cree que la estela del templo de Amón de Napata resume su ambición política. Amón de Napata le da el mando sobre todos los países y el poder de hacer reyes («concedióme Amón de Napata que yo fuera rey de cualquier país, aquél a quien yo dijera tú eres rey, él será rey, aquél a quien yo dijera tú no eres rey, él no será rey. Concedióme Amón de Tebas ser rey de Egipto. Aquél a quien yo diga 'haz apariciones', él hará apariciones (como rey). Aquél a quien yo diga 'no hagas apariciones', él no hará apariciones (como rey). Todo aquél a quien dé de mi favor, no será destruida su ciudad, si no es por mi mano»). Su plan estaba claro. Logró que su hermana Amenirdis fuera «adoptada» por Shepenupet I en Tebas como «adoratriz del dios Amón».

Allá en el norte Tefnakht seguía sometiendo dinastas y avanza hacia el sur. Sólo Heracleópolis resistía al ambicioso rey de Sais. La ciudad, que de algún modo debía haberse vinculado a Piankhi, rechazaba sus ataques. El año 21, primer mes, sus partidarios del norte informaron a Piankhi en Napata de los progresos de Tefnakht «que se había apoderado de todo el oeste desde Itet-tawi, yendo hacia el sur con un inmenso ejército, uniéndose las dos tierras detrás de él, y los príncipes y gobernantes de las ciudades amuralladas eran como perros detrás de sus palomas. Ninguna fortaleza le cerró sus puertas en los nomos del sur: Mêratum (Meidum), Per-Sekhemkheperre (Illahûn), el templo de Sobek (Crocodilópolis = Medinet el-Fayum), Permezed (Oxyrhimcos), Teknesh (Takinash)». «Se le abrieron igualmente: Hatnebu (capital del nomo 18), Tohi (en el nomo 19), Hatseteni (nomo 18), Pernebtepib (Atfi), él sitia a Heracleópolis, la ha atacado completamente no dejando salir a los que se iban ni entrar a los que venían. La habían medido en todo su circuito, y cada príncipe conocía su muro; coloca a cada hombre de los prínci-

pes y gobernantes de las ciudades en su parte (correspondiente)».

Pero el rey oyó el mensaje «con valor en su corazón, riendo y alegre de ánimo».

Le mandaron un segundo mensaje anunciándole que Nimlot, príncipe de Hatweret, había derruido el muro de Nefrus, «había demolido su propia ciudad, por miedo del que podía tomársela», es decir de Tefnakht, «mirad, él va a seguir sus calcañares después de romper su alianza con su Majestad». La defección de Nimlot colmó la paciencia del rey nubio. Piankhi envió a los príncipes y comandantes del ejército que estaba en Egipto la orden de arrasar el nomo de la liebre (Hermópolis) al mismo tiempo que enviaba otro ejército al norte con instrucciones bélicas y piadosas, las primeras de que combatieran sin descanso y las segundas de que al pasar por Tebas se purificaran en el río, que destensaran los arcos y se vistieran de lino, e implorasen la protección de Amón. Cumplieron lo ordenado en Tebas. Navegaron río abajo y encontraron la flota de Perneb a la que derrotaron. Prosiguen hasta Heracleópolis, dispuestos a enfrentarse con la coalición de príncipes que sitiaban la ciudad. Allí estaba el rey Nimlot de Hermópolis, el rey Iuput, Sheshonq, señor de Busir, Dedamonefankh de Mendes junto con su hijo, comandante del ejército de Per-Dhwti (Hermópolis Parva), el príncipe hereditario Bekenef, junto con su hijo mayor jefe de los *ma* Nesnebedi del nomo 11 del Bajo Egipto, y todos los jefes portadores de plumas, el rey Osorkon de Per-Bast (Bubastis) y todos los príncipes del oeste. El choque se produjo en el Bahr-Yusef, que pasa al este de la ciudad de Heracleópolis y terminó con la victoria de los nubios y la retirada del ejército de Tefnakht a la orilla oeste delante de Per-Peg, con lo cual quedaba la ciudad desbloqueada. Una segunda batalla tuvo lugar al día siguiente (Emery). Al saber Nimlot que su ciudad estaba sitiada por los nubios escapó río arriba a Hermópolis (Ashmuneim). Las noticias de victorias parciales llegaron a Piankhi el cual esta vez «se indignó como una pantera (diciendo): ¿han dejado que quede un resto del ejército del norte?»... «Yo mismo iré al norte y destruiré lo que él ha hecho y haré que no vuelva a luchar jamás». El ejército del norte tuvo noticias de la furia del rey y se apresuró a tomar Oxyrhyncos y a expugnar Tetehem (Tehna) cuyas murallas fueron derribadas por el ariete. En la matanza murió un hijo de Tefnakht. Se lo comunicaron al rey nubio pero no se satisfizo ni tampoco con la toma de Hat-nub. El rey se puso en marcha y al llegar a Tebas celebró la fiesta de Opet en honor de Amón. Continuando río abajo, llegó a Hermópolis, salió de la cabina del barco, se uncieron los caballos, montó en su carro y el terror que producía alcanzó «hasta los asiáticos», increpó a sus tropas por su negligencia y plantó su campamento al suroeste de Hermópolis, rodeó la ciudad de un terraplén alrededor de las murallas y elevó una torre para los arqueros y honderos. Pasaron los días y la ciudad ya olía mal y había perdido su fragancia. Llegó un momento en que la situación era insostenible y la ciudad se postró ante el rey. Empezaron a actuar los mensajeros llevando presentes al vencedor. Incluso la reina y la princesa Nestent, con las concubinas y sus hijas y las hermanas del rey vinieron a implorar clemencia. Al final el rey acepta la rendición de Nimlot y entra triunfador en la ciudad. Entra en el templo de Thot, dios de la ciudad, entre las aclamaciones de sus soldados. Visita el palacio de Nimlot y los establos reales. Su indignación sube de punto cuando ve los caballos hambrientos lo cual le parece el crimen mayor cometido por el vil Nimlot. Se apodera del tesoro real y de sus graneros. Peftawibast de Heracleópolis,

fiel en medio de tantas aventuras, acude al gran conquistador cargado de presentes y se arroja a sus pies prometiéndole tributo y sumisión.

Piankhi continúa hacia el norte hasta el canal que pasa por Illahûn donde encontró «la casa de Osorkon» amurallada y su fortaleza cerrada, llena de valientes guerreros del norte. Piankhi les conmina a la rendición y ellos la aceptaron sin sufrir daños en las personas, incluido un hijo e Tefnakht, aunque sus tesoros pasaron a poder del rey y los graneros a Amón de Tebas. A continuación se rinde Meidûm, después Itettawi, corriendo la misma suerte que Meidûm.

Se iba aproximando a Menfis la gran ciudad del norte, que debió causar una profunda impresión al conquistador que había recorrido 2.000 Kms. para conquistar el Bajo Egipto. Su actitud ante Menfis es, dentro de lo que cabe, conciliadora, típica actitud del semi-bárbaro ante las grandezas del pasado lleno de prestigio: «Yo haré ofrendas a Ptah y a los dioses que habitan en Menfis, sacrificaré a los soberanos en la sede misteriosa, veré al 'que está al sur del muro' (Ptah) con el fin de poder navegar en paz hacia el norte. La gente de Menfis quedará sana y salva y ni un niño llorará». Las palabras cayeron en saco roto y la ciudad cerró sus puertas oponiéndole un ejército de artesanos, contramaestres y marineros. De noche Tefnakht introdujo en la ciudad un ejército de 8.000 hombres y animó a combatir diciendo que la ciudad estaba en perfectas condiciones de defensa. Después escapó a caballo, prometiendo a los menfitas volver con refuerzos, pero en verdad presa del pánico que le infundía el rey de Napata. Este se preparó para el ataque a Menfis ante dificultades casi invencibles: «Cuando apuntó el día, al alba, su Majestad llegó a Menfis. Cuando se aproximó al norte de ella se encontró que el agua llegaba a los muros y que los barcos atracaban a ellos. Su Majestad vio que era fuerte y que el muro se levantaba con una nueva muralla y que los bastiones estaban guarnecidos con hombres fuertes. No se halló modo de asaltarla. Cada uno dice su opinión en el ejército de su Majestad, según todas las reglas de la guerra»... «¡Hágase un camino que se eleve contra él, elevemos el suelo hasta sus muros, amarremos unas torres, alcemos palos y hagamos las vigas para un puente hasta él!». El rey no estuvo de acuerdo, lo mismo que Tutmosis III en la toma de Megiddo. Confiando en la voluntad de Amón ordenó el ataque general, y para empezar se apoderó del puerto con todos los barcos intactos de manera que se pudieran emplear los mástiles para subir a las murallas. «Menfis fue tomada como por un torrente de agua, fue muerta una gran multitud de gente y otra llevada prisionera al lugar donde estaba su Majestad». Al día siguiente después del saqueo el rey restableció el orden, protegió los templos, limpió la ciudad con natrón e incienso y penetró en el templo de Ptah donde recibió el reconocimiento del dios. La toma de Menfis fue un duro golpe para la resistencia del norte. Los jefes locales se apresuraron a ofrecer su sumisión al vencedor. Este se dirigió al este llegando a Heliópolis y fue reconocido allí como rey por Re en una solemnísima ceremonia oficiada por el sacerdote del templo y a continuación en el de Atum. El mismo Osorkon IV vino a rendir pleitesía. La próxima etapa fue Athribis, donde se estableció su campamento, y allí recibió la sumisión de varios dinastas del Delta. El príncipe heredero Pediese de Athribis le invitó a tomar posesión de la ciudad y le ofreció ricos presentes. Allí se concentraron los jefes de la región y pidieron permiso al conquistador para ir a sus ciudades y traerle sus tesoros y, muestra de fina adulación, sus mejores caballos. Eran Osorkon de Bubastis, Iu-

put de Tentremu (?), el rey de Mendes y así hasta catorce.

Tefnakht no se daba aún por vencido y guarneció la ciudad de Mesed con tropas y barcos, pero dándose cuenta de que su posición era insostenible prendió fuego a todo su arsenal. Fue enviado un destacamento contra él que entró a sangre y fuego, pero el tenaz rey de Sais se refugió entre los marjales del Delta desde donde envió un mensaje de su misión pidiendo un emisario real para prestar juramento de sumisión. Así lo hizo Piankhi, encargando la misión al sacerdote Pediamonestawy y al comandante militar Purme. Tefnakht, hipócrita o político, juró todo lo necesario para engañar al negro victorioso: «Yo no violaré el mandato del rey, yo no me excederé de lo que el rey diga, yo no cometeré acto hostil contra un príncipe sin tu conocimiento; yo actuaré de acuerdo con lo que el rey diga». Piankhi se dio por satisfecho con la sumisión de su empecinado enemigo y cesaron las últimas resistencias. Ya era rey de todo el Valle del Nilo desde Napata hasta el Mediterráneo. Cargado de riquezas emprendió el viaje



Parte derecha del papiro anterior

de regreso entre las alabanzas de las gentes que desde la ribera del Nilo veían pasar al rey: «Bendito el corazón de la madre que te parió y del padre que te engendró».

En Napata se dedicó a reconstruir el templo de Amón, embelleciéndolo con el botín que había recogido en Egipto. Posiblemente fue el que se llevó los carneros y leones del templo de Soleb de Amenofis III en Napata.

Egipto después de Piankhi

Desde el punto de vista egipcio la conquista de Piankhi había acelerado la decadencia política. Habían desaparecido muchos poderes locales, pero no quedaba detrás una administración centralizada en Menfis que ordenara de algún modo el caos político producido por su brutal invasión. Pronto renacieron los antiguos centros. En Tebas continuaron sus sacerdocios Shepenupet y Amenirdis. Incluso apareció una nueva familia de visires. En Hermópolis continuó la dinastía de Nimlot con un pequeño faraón llamado Totenhab, sucedido por Menkheperre. En Heracleópolis no sabemos el nombre del sucesor de Peftawibast pero Kitchen supone que fue su hijo. El pugnaz Tefnakht olvidó enseguida sus juramentos y se proclamó faraón en Sais, respetando a los soberanos de Bubastis y Leontópolis, que no debieron oponerse a sus aspiraciones. Reinó unos ocho años y fue sucedido por su hijo Bakenranef (el Bochoris de Diodoro - 720-711 a.C.). El rey de Bubastis Osorkon IV había podido sobrevivir en su reino oriental a todas las tempestades desencadenadas por Tefnakht y Piankhi. Es posible que se refiera a este rey el pasaje de II Reyes, 17, 4, donde se dice que Oseas de Israel cometió traición (contra los asirios) pues había enviado embajadores a So, rey de Egipto y no entregó el tributo al rey de Asiria como todos los años. La larga polémica sobre la identificación del tal So parece que puede resolverse en favor de Osorkon, según Kitchen, cuya argumentación creemos que es correcta. Según este autor, el año 726/5 Osorkon IV fue llamado para hacer frente a la mayor oportunidad de acción egipcia en Asia después de 100 años, que fracasó por falta de medios. De una u otra forma el asirio no avanzó hasta Egipto de momento. Cinco años después, 720, muerte de Tefnakht y subida al trono de Bakenranef, Sargón II aplastó una revolución en Siria y sometió Filistia hasta Gaza. El rey de Tanis ayudó a los palestinos enviando a su general Re'e con un ejército en auxilio del rey de Gaza pero sin éxito alguno, porque la ciudad fue tomada y saqueda. El año 716 Sargón II volvió a la carga y se estableció en el Arish de tal manera que se aproximaba peligrosamente a Egipto, tanto que Osorkon IV se apresuraba a enviar un presente de doce caballos.

De Bochoris no sabemos casi nada en las fuentes jeroglíficas pero tenemos una larga tradición griega que nos lo describe como un individuo especialmente intrigante. Diodoro de Sicilia (I, 79) le considera un sabio, aunque enteco de cuerpo, y un gran legislador. A él se debería una legislación sobre los préstamos sin recibo y en el caso de que el deudor negase la deuda prestaría un juramento y quedaría libre. También le atribuye una limitación del interés a pagar que no podría pasar del 100 por 100 (!). Prohibió la responsabilidad corporal (I, 94), reguló el poder real y dio la precisión a las leyes sobre contratos «y actuó tan bien en sus decisiones judiciales que muchos de sus juicios se recuerdan por sus excelencias aún en estos días». Desconocemos, como dice Yoyotte, todo el marco institucional en el que se desarrollaron sus reformas, pero a nuestro juicio no sería arriesgado pensar que trataron de remediar el desbarajuste social producto de una época de guerras y luchas entre pequeños dinastas.

VI. Dinastía XXV. Etíopes

Piankhi fue sucedido el año 716 a.C. por su hermano Shabako (716-702 a.C.), que al año siguiente emprendió la conquista de Egipto sin encontrar resistencia porque el año 2 ya estaba en Menfis asistiendo al solemne enterramiento de un Apis. Ocupó todo el país hasta la frontera asiática, incluidos los oasis y destronó a todos los reyes del norte nombrando gobernadores, por lo menos en Sais. La leyenda griega que recoge Manetón dice que quemó vivo a Bochores. En Tebas es reconocido en un texto del nilómetro y en Bubastis en una estela de donación. Respecto a Asia mantuvo una política de vigilante neutralidad, tal vez por el temor que infundía Sargón II, como lo demuestra el desgraciado asunto de Yamani, un personaje que algunos creen griego. Este se había hecho fuerte en Ashdod (Cilistia). Cuando llegó el turtanu asirio, Yamani buscó refugio en Egipto pero el faraón de Miser (Egipto) que pertenece a Kush «lo entregó a sus enemigos». Naturalmente la versión asiria es digna de mención: «Los hititas complotadores de iniquidad detestaban su gobierno y elevaron (a la realeza) sobre estos a Yamani que no tenía derecho al trono y que como ellos no temía a mi soberanía. En la furia de mi corazón yo no paré de reunir masas de tropas ni de preparar el campamento»... «Marché contra Ashdod. Yamani oyó los avances de mi marcha desde lejos y huyó al lado de Egipto que está en la frontera de Meluhha (Etiopía) para que no se le viera más»... «El rey de Meluhha»... «cuyos padres desde los lejanos días de la era del dios lunar, no habían mandado mensajeros a los reyes mis padres para darles saludos, supo de lejos del poder de Assur, Nabü y Marduk y el esplendor terrorífico de mi realeza le sobrecogió y el miedo se derramó sobre ellos y me lo trajeron preso, encadenado y aherrojado a Siria después de un penoso viaje». Sin embargo el prisma de Ninive dice que el rey de Egipto había sido solicitado por los filisteos, judíos, edomitas y moabitas, y que éstos le habían enviado regalos, pero que el faraón no había podido salvarlos. En resumen, que Shabako no provocó al gigante asirio.

Shabako en Egipto llevó a cabo una política de construcciones que enlaza con la mejor tradición. Un pilono en el templo de Amón en Medinet Habu, el tesoro al lado del pilono IV de Karnak y una columnata en Luxor. No olvidemos que en Tebas Shabako controlaba el santuario de Amón por medio de su hermana Amenirdis, sobre todo después de que nombró gran sacerdote a su hijo Ho-

remakhet, resucitando un cargo que se había oscurecido en los últimos 100 años.

Hay una faceta de Shabako que no puede pasarse por alto. Me refiero al famoso documento llamado *Teología Menfita*, actualmente en el Museo Británico. Es un texto en el que se dice que por orden del rey Shabako se copió el texto de un cuero antiguo. Tradicionalmente se atribuía al Imperio Antiguo aunque recientemente se considera un pseudo epígrafe de epoca tardía.

Shabitku (702-690 a.C.)

Hijo de Piankhi accedió al trono en momentos difíciles internacionalmente hablando. El año 705 empezaba a reinar Senaquerib y decidió llevar a cabo la conquista de Palestina lo cual habría de producir necesariamente conflictos con Egipto. Y ante el reto Shabitku abandonó la política complaciente de Shabako y tomó las medidas pertinentes para intervenir en Asia. No hemos de olvidar que a pesar de los esfuerzos de los reyes kusitas, Egipto distaba de ofrecer la unidad que le había dado fuerza en tiempo de los grandes faraones de las Dinastías XVIII y XIX. Gracias a los textos bíblicos tenemos ahora testimonios extraegipcios que nos dan juicios de valor histórico inapreciable. Aunque hay que tomarlos con prudencia nos sirven para documentar lo que los profetas de Israel opinaban sobre la monarquía egipcia. Isaías, 19, dice:

«Aguijonearé a Egipto contra Egipto
y lucharán los unos contra los otros,
cada uno contra su prójimo,
ciudad contra ciudad,
reino contra reino.
Transtornado será el espíritu de Egipto en su interior
y su plan desbarataré.»

Estas palabras del profeta visionario dan una opinión sobre Egipto que está confirmada por el juicio que el país le merece al propio Senalquerib cuando dice a Ezequías por boca del *Rab Saked*:

«Mira que pone tu confianza ahora en el báculo de esa caña quebrada de Egipto, en la que si alguno se apoya se le hincará en la mano y la taladrará. Tal será faraón de Egipto para cuantos confían en él.»

(II Reyes, 18, 32)

Shabitku llamó a Egipto a sus hermanos y puso a Taharka al frente del ejército que preparó, después de las negociaciones que Ezequías de Judá llevó a cabo para conseguir la alianza del egipcio. A ello se refería precisamente Senaquerib en el texto citado anteriormente. La guerra se desarrolló en la zona costera. Senaquerib narra así los hechos (701): «Los oficiales, nobles y pueblo de Ekrom que habían arrojado a Padî, su rey, aliado por tratado a Asiria, encadenándolo y entregándolo a Ezequías el judío —que lo confinó como a un enemigo—, su corazón se asustó y llamó a los reyes egipcios, los arqueros, carros y caballos del rey de Meluhha, una hueste inmensa, y esos vinieron en su ayuda. En las cercanías de la ciudad de Altaku, se desplegaron sus filas ante mí y presentaron batalla. (Confiando) en la ayuda de Assur mi señor, yo luché con ellos y los puse en derrota. Los carreros egipcios y sus príncipes junto con los carreros del rey de Etiopía, mis manos los cogieron vivos en medio de la batalla». No se sabe lo que hizo Taharka después de la batalla de Altaku. Es posible que siguiera hostigando al asirio, ocupado en el saqueo de ciudades y el sitio de Jerusalén que tuvo que abandonar a causa de la peste, pero no debió de hacer gran cosa el príncipe nubio. Derrotado y diezmado regresó a Egipto. Como es natural en la literatura oficial egipcia no hay referencia a esta expedición en los textos jeroglíficos. Poco sabemos de los últimos años de Shabitku. Fue enterrado



Adoradora divina Markare. Sarcófago
(Dinastía XXI)
Museo egipcio. El Cairo

en El-Kurru. Es curioso que se enterró con caballos, lo cual parece una innovación de Piankhi cuyo amor a los caballos es conocido. Esta costumbre se conservará en Nubia hasta la época del Grupo X de cultura.

Taharka (690-664 a.C.)

Fue coronado en Menfis y llamó a su madre Abar para que viese a su hijo en el trono de Horus «como Isis vio a Horus, su hijo, coronado sobre el trono de su padre». El hecho demuestra la importancia de que gozaba la reina en el país de Kush, según decíamos líneas arriba. Su residencia fue normalmente en Tanis, demostrando así el interés que otorgaba a los sucesos de Asia, que aún tardarían algunos años en afectar a Egipto de manera decisiva. Mientras en Tebas se había producido algo así como una separación de la monarquía religiosa del poder secular. Los asuntos meramente religiosos quedaron a cargo de la «gran esposa de Amón» Shepenupet II, hija de Piankhi y de Harmakhis, a la vez que del gobierno del Alto Egipto se encargaba el famoso Montuemhat, cuarto profeta de Amón y príncipe de Tebas, casado con una etíope. Volveremos sobre él.

El año 6 de Taharka fue, como dice Gardiner, un *annus mirabilis*. Llovió copiosamente en Nubia, «de tal modo que las colinas brillaban» en frase de una estela de Kawa. Los nilómetros de Karnak registran alturas excepcionales del Nilo. Perecieron las ratas y las langostas en la inundación y la cosecha fue excepcional. El suceso fue recordado en Tanis, en Kuft y en Kawa. El mismo año reconstruye el templo de Kawa, aunque su labor constructora más destacada tuvo lugar en Tebas, donde se volvió a edificar como en los buenos tiempos. Entre muchos restos destacaremos la columnata del primer patio de Karnak, formando un quiosco dentro del gran patio bubastita, y el templo del lago. Trabajó en Medinet Habu, y en Nubia, Buhen y Samara.

A pesar de los esfuerzos del rey, Egipto bullía de tendencias localistas que seguían actuando y dando razón al veredicto de Senaquerib. Ya hemos hablado de Tebas, pero lo mismo puede decirse de Sais, donde se suceden varios dinastas hasta Neco I, de Tanis, de Athribis, de Heracleópolis, del jefe de los *ma*, etc.

El conflicto asirio

El Imperio Asirio había desarrollado la industria de la guerra con una maquinaria militar que no tiene rival en el Oriente Próximo. Inevitablemente Egipto caería en su órbita porque era la meta suprema del imperialismo asirio. La crónica babilónica dice lacónicamente: «El año 7, en el mes de abat, día 5, partió el ejército asirio hacia Egipto». Como no se dice más es lógico pensar que no hubo un éxito notable y hemos de pensar que Taharka pudo detenerlos en la frontera. Esta vez se salvó Egipto, pero Assarhaddon continuó los preparativos y a los tres años, después de arreglar los asuntos de Babilonia, volvió a la carga. En Siria, el rey de Tiro, Baal, había hecho defección de Asiria y se había aliado a Egipto. En la marcha Assarhaddon dejó un contingente sitiando a Tiro y marchó contra Egipto. Taharka no pudo resistirlo. Vencido en tres batallas, los asirios entraron en Menfis, el faraón escapó y hasta su harén cayó en manos de los vencedores (año 671).

«De Tiljarqa, rey de Egipto y Etiopía, el maldito de su gran dios, desde Ishupri hasta Menfis, su real ciudad —15 días de marcha (fue el espacio) cubierto— diariamente sin cesar. Yo maté multitudes de sus hombres y le golpeé cinco veces con la punta de mi jabalina, con heridas sin remedio. Menfis, su real ciudad, en medio día con minas, túneles, asaltos, la sitié, la tomé, la destruí, la devasté, y la que-

mé con fuego. A su reina (Lit. esposa en el palacio), su harén, Ushahuru, su hijo de su sangre y el resto de sus hijos e hijas, su propiedad y sus bienes, sus caballos, su ganado mayor y menor, en número incontable los llevé a Asiria. Arranqué la raíz de Etiopía de Egipto y ninguno quedó sin sometérseme. Sobre todo Egipto nombré nuevos reyes, virreyes, gobernadores, comandantes, intendentes, escribas. Ofrendas y deberes fijos establecí para Assur y los grandes dioses para todo el tiempo; mi real tributo e impuesto, todos los años sin excepción, lo impuse sobre ellos. Yo puse una estela hecha con mi nombre escrito en ella e hice que se escribiera en ella la gloria del valor de Assur, mi señor, y el poder de mi mano conquistadora». Las estelas a que se refiere pueden ser las de Til Barsip o Sam'al donde aparece Taharka junto a Abdimilkitu de Sidón, como un negro atado por la nariz. El rey Taharka había huido a Tebas. Assarhaddon volvió a Siria donde tuvo que ejecutar a muchos notables «con las armas» como dice la Crónica Babilónica. Egipto a pesar de las medidas anunciadas por Assarhaddon volvió a inquietarse y el asirio decidió una nueva expedición pero no pudo llevarla a cabo, viejo y enfermo murió en el camino, lejos de su capital en octubre del año 669. Taharka tuvo dos años de tranquilidad. El sucesor de Assarhaddon fue Assurbanipal. El último gran guerrero asirio, y la invasión iba a reproducirse aún con más crudeza: «En mi primera campaña marché contra Magan y Meluhha. Tarkû, rey de Egipto y de Etiopía, al que Assarhaddon, rey de Asiria, el padre que me engendró, había derrotado, y cuya tierra había puesto bajo su mando. Ese Tarkû olvidó el poder de Assur, Ishtar y los grandes dioses mis amos y confió en su propia fuerza. Contra los reyes, los gobernadores a quienes mi padre había instalado en Egipto, él marchó para asesinar y saquear y apoderarse de Egipto. Los derrotó y se sentó en Menfis, la ciudad que mi padre había conquistado y añadido al territorio de Asiria. Un veloz correo vino a Nínive y me informó. Ante esos hechos mi corazón se enojó, mi alma gritó. Elevé mis manos en plegaria a Assur y la asiria Ishtar. Revisté mis poderosas fuerzas, que Assur e Ishtar habían puesto en mis manos. Contra Egipto y Etiopía dirigí mi marcha.

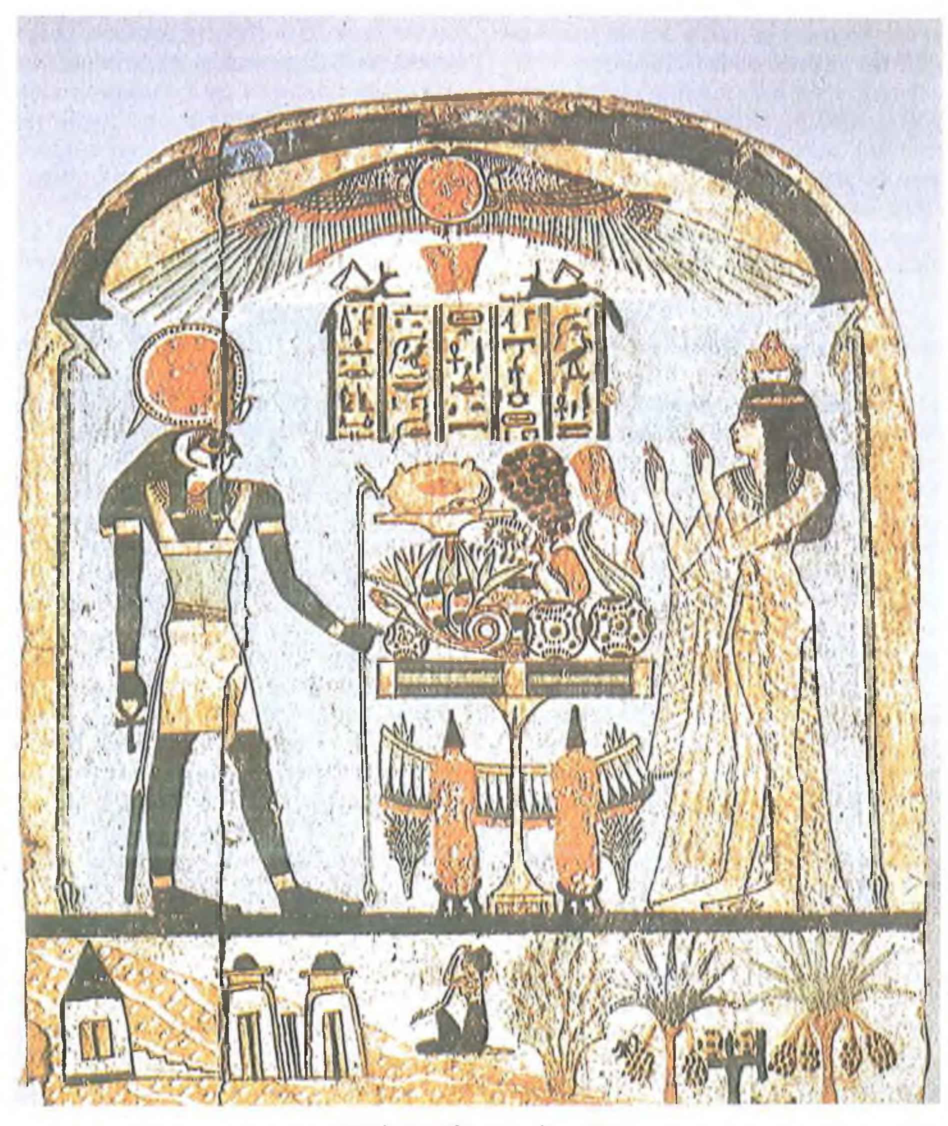
Durante mi marcha 22 reyes de la costa de en medio del mar y del interior, siervos, sujetos a mí, trajeron sus pesados regalos ante mí y besaron mis pies. Estos reyes, junto con sus fuerzas, en sus barcos por el mar, en la tierra seca con sus fuerzas, yo les obligué a tomar el camino y el sendero. Para correr en ayuda de los reyes, gobernadores que estaban en Egipto, vasallos y sujetos a mí, yo avancé deprisa, marchando hasta Kâr-bânîti. Tarkû, rey de Egipto y Etiopía, tuvo noticias del avance de mi ejército en Menfis y desplegó sus ejércitos contra mí ofreciendo resistencia armada y batalla. Con la ayuda de Assur, Bel, Nabu, los grandes dioses, mis señores, que avanzaban a mi lado, yo derroté su ejército en una batalla en campo abierto. Tarkû supo la derrota de su ejército estando en Menfis. El terrible esplendor de Assur e Ishtar le anonadaron y salió loco. La gloria de mi Majestad con la que los dioses de cielo y tierra me han adornado, le aniquilaron. Abandonó Menfis y huyó para salvar su vida a Ni' (Tebas). Esa ciudad la tomé; hice que mis tropas entraran en ella y la ocuparan. Nikû (Nekao), rey de Menfis y Sais, Sharru-lu-dari, rey de Si'nu (Pelusium), Pishanhuru (Pasenhor), rey de Nathû (¿Tell el-Yahudia?), Pakrruru, rey de Pishattu (Pi-sopd), Bukkunani'pi (Bakenef), rey de Hathiribi (Athribis), Nahhê, rey de Hininsi (¿Heracleópolis Parva?), Putubishti (Pedubastis), rey de Sa'nu (Tanis), Unamunu (Unamón), rey de Nathu (¿Leontópolis?), Harsiaeshu (Harsieses), rey de



Estatuilla del dios Amón
Dinastía XXII
(Hacia 900 a.C.)
Metropolitan Museum of Art. New York

Sabnûti (Sebenytos). Bûama, rey de Pintiti (¿Mendes?), Susinko (Sheshonq), rey de Pushiru (Busiris). Tafnahti (Tefnakht), rey de Punubu (Pernub, acaso Per-inbu), Bukkunani'pi (Bakenef), rey de Ahni (cerca de Leontópolis), Iptihartshu, rey de Pihattihurunpik, Nahtihuruansini (Nakhthorna-shenu), rey de Pishabdi'a (Per-sopdia), Bukurninib, rey de Pahnuti, Siha (Dedehor), rey de Shiaûtu (Siut), Lamentu (Nimlot), rey de Himuni (Hermópolis), Ishpimatu (Nespamedu), rey de Taini (¿Tinis o Asuan?), Mantimankhê (Mentuemhat), rey de Ni' (Tebas). Estos reyes, prefectos y gobernadores, a quienes mi padre había instalado en Egipto, que habían desertado de sus puestos ante el avance de Tarkû y perdieron sus puestos, yo los instalé en sus puestos, en sus antiguas residencias «...» Volví salvo a Nínive.

Después, estos reyes, como muchos que yo había reinstalado, pecaron contra el juramento que habían prestado, no guardaron la maldición de los grandes dioses, olvidaron el bien que les había hecho y sus corazones planearon el mal. Conspiraron la insurrección, siguiendo su propio designio —un designio que no descansaba en un horácuro (?)— diciendo: 'Están echando a Tarkû fuera de Egipto ¿cómo vamos a quedarnos?'. A Tarkû, rey de Etiopía, enviaron sus correos con el fin de jurar homenaje diciendo: 'Establezcamos un tratado entre nosotros, ayudémonos mutuamente, dividamos el país en dos partes, no haya señor entre nosotros'. Contra las tropas asirias, mi hueste real, que yo había estacionado (en Egipto) a su instancia ellos planearon el mal. Mis oficiales conocieron estos asuntos, prendieron a sus correos con los mensajes y vieron (con sus propios ojos) su plan subversivo. Cogieron a estos reyes y los ataron de pies y manos con grillos y cadenas de hierro. La maldición de Assur, rey de los dioses, los aniquiló, porque habían



Estela de Djedamenisvankh
(Dinastía XXII)
Tebas. Deir-el-Bahari
Museo egipcio. El Cairo

violado el juramento prestado ante los grandes dioses. Yo requerí en sus manos el bien que les había hecho en amabilidad. Y la gente de Sais, Pintiti, Si'nu y el resto de las ciudades, cuantas se habían unido a ellos para perpetrar el mal, los abatieron con la espada, tanto grandes como pequeños, no escapando ni un hombre. Sus cuerpos fueron colgados en estacas, se les arrancó la piel y con ella se cubrió los muros de las ciudades.

Estos reyes que habían planeado el mal contra los ejércitos de Asiria los trajeron ante mí, vivos a Nínive. Yo tuve merced para Niku, uno de entre ellos, le perdoné la vida y le impuse un juramento, más duro que el primero. Lo vestí con brillantes vestidos de colores, puse sobre su cuello una cadena de oro como emblema de su realeza. Puse anillos de oro sobre sus dedos, le di una vara de hierro con mango de oro, con mi nombre escrito en ella. Carros, caballos y mulas le regalé para su cabalgata real. Envié con él a mis oficiales, a petición suya para servir como prefectos. Lo devolví a su puesto de Sais, donde mi padre le había colocado como rey, y a su hijo Nabû-shzibamni (Psametiko) lo puse en Hathariba (Athribis). Yo le concedí más favor que mi padre».

Taharka no volvió a Egipto. Se refugió en Napata, barrido por las armas asirias. Hemos hablado ya de sus construcciones en Egipto, veamos ahora algo de lo que hizo en su patria. Restauró uno de los pórticos de columnas del templo de Amón-Re en Gebel Barkal y construyó un pequeño templo excavado en la roca de la montaña sagrada que está detrás de él. Se cree que en el lado que mira hacia el Nilo construyó cuatro colosos, restos de un templo que sería una réplica del de Abu Símbel y aún mayor, e incluso se ha hablado de unos supuestos cartuchos con su nombre. Construyó su pirámide en Nuri y un templo en Kawa donde erigió estelas que dejan testimonios de algunas medidas de indudable interés cultural. Por ejemplo cuando nos dice que después de su coronación mandó de Egipto un arquitecto y operarios para reconstruir en piedra el templo de adobe de Tutankhamón que yacía en ruinas y que partes del nuevo templo fueron recubiertas con láminas de oro. Se plantaron árboles y viñas traídas del oasis de Bahriya. Al templo se destinaron expertos en astronomía y como sacerdotisas las mujeres de los dinastas del Delta que habían hecho frente al dominio etíope.

Tanutamón (664-656 a.C.)

La subida al trono de Tanutamón, hijo de Shabiktu y Qalhata, hermano de Taharka, se hace según la costumbre ya mencionada de la herencia entre hermanos. En una estela, llamada «Del sueño», hallada en Gebel Barkal se nos explica su ascenso y cómo le fue anunciado por dos serpientes que simbolizaban el norte y el sur. Cómo emprendió el viaje a Napata desde un lugar desconocido pero que se cree que era Tebas. Después de la coronación partió hacia el norte. Llegó a Elefantina donde honró a los dioses y siguió viaje a Tebas, donde gobernaba Mentuemhat, desde donde se dirigió al norte. En Menfis se encontró con «los hijos de la rebelión dispuestos a luchar. Su Majestad hizo entre ellos una gran matanza». Se apoderó de Menfis y, tomada la ciudad, volvió a Napata y allí construyó un templo. De nuevo volvió al norte para luchar contra los jefes que no podían ser otros que los dinastas que habían aceptado el yugo asirio, pero éstos no presentaron combate ni salieron de sus fortalezas y Tanutamón se retiró a Menfis donde después de largas negociaciones recibió la sumisión de estos príncipes. Y ya no dice más la estela porque, al modo egipcio, calla todo lo desfavorable. Lo que sucedió después nos lo cuenta Assurbanipal en los términos siguientes:

«En cuanto a Tarkû, en el lugar a donde huyó, el temor de las armas de Assur mi señor lo aniquiló y lo cubrió el hado de la noche (la muerte). Después Tandamanê (Tanutamón), hijo de Shabaku, se sentó en su trono real. A Ni' y Unu (Tebas y Heliópolis) las hizo sus fortalezas. Reunió sus fuerzas. Para combatir con mis tropas, los asirios que estaban en Menfis, desplegó su ejército en orden de batalla. A esas gentes los cerró en la ciudad y les cortó la retirada. Un veloz mensajero vino a Nínive a decírmelo».

«En mi segunda campaña me dirigí a Egipto y Etiopía. Tandamanê tuvo noticias del avance de mi ejército y de que estaba invadiendo el territorio de Egipto. Abandonó Menfis y escapó a Ni' para salvar su vida. Los reyes, prefectos, gobernadores, que yo había instalado en Egipto vinieron a mi encuentro y besaron mis pies.

Tomé el camino en pos de Tanutamón, marché hasta Ni', su fortaleza. El vio aproximarse mi terrible ejército, abandonó Ni' y huyó a la ciudad de Kipkipi (Napata).

Esa ciudad (i.e. Tebas) mis manos la capturaron en su integridad con la ayuda de Assur e Ishtar. Plata, oro, piedras preciosas, los tesoros de los palacios, todo lo que había, trajes de brillantes colores y de lino, grandes caballos, la gente, hombres y mujeres, dos grandes obeliscos, hechos de electrón resplandeciente, cuyo peso era de 2.000 talentos y que estaban en las puertas del templo, los quité de su sitio y los llevé a Siria. Copioso saqueo incontable, me llevé de Ni'. Contra Egipto y Etiopía hice guerra implacable y establecí mi poder. Con las manos llenas volví sano a Nínive, mi real ciudad».

Es del mayor interés comparar estas dos versiones de los hechos, porque por primera vez podemos conocer un mismo suceso histórico egipcio narrado por contemporáneos con distintos puntos de vista. Aún podríamos añadir un tercero, el profeta Nahum. Este escribe 50 años después, con lo que nos da el eco inmenso que tuvo la destrucción y saqueo de Tebas. Dice el profeta refiriéndose a Nínive (3, 8-9):

«¿Eres tú mejor que No-Amón (Tebas)
asentada entre los canales del Nilo,
circuida de aguas, cuyo baluarte era el mar,
las aguas su muralla?
Etiopía como Egipto era su fuerza sin límites;
Punt y los libios eran sus auxiliares
mas también ella marchó al destierro
prisionera;
también sus niños fueron estrellados
en las esquinas de todas las calles,
y echaron suertes sobre tus nobles,
y todos sus magnates fueron aherrojados
con cadenas».

El saqueo de Tebas debió ser memorable y parece que las excavaciones han descubierto restos del incendio. De todos modos los asirios se marcharon y Mentuemhat que vivió toda la tragedia de la ciudad en los dos sitios asirios, representa al espíritu egipcio que trata de conservar lo que puede después del desastre. Purifica los monumentos profanados y restaura infatigablemente los templos.

La marcha de Assurbanipal que siguió a la de Tanutamón dejó Egipto en un estado caótico, pero aún tenía fuerzas para emprender una nueva aventura.

La expulsión de los nubios tuvo consecuencias históricas importantes. En primer lugar el señor de Napata quedó alejado para siempre de Egipto e incluso de la Baja Nubia, es decir, la zona situada entre la primera y la segunda cataratas del Nilo. Los elementos culturales egipcios que habían arraigado durante siglos en Napata, al quedar aislado el estado, se van barbarizando y la lengua y hasta la religión sufren una profunda transformación en el sentido de que se «africanizan», se degradan y acaban por perderse. De ello hablaremos más adelante.

VII. La época saítica. La dinastía XXVI

Con la expulsión de Tanutamón hacia Nubia, Egipto quedó en una situación especial. En Tebas y el sur gobernaba Mentuemhat y detentaba el poder espiritual Shapenupet II y Amenirdis, alcanzando el ámbito de su gobierno hasta Hermópolis. Hay que recordar que los años se estuvieron fechando por el reinado de Tanutamón. En el Delta el problema es más complejo. Después de la revuelta contra Asiria, Assurbanipal puso como hombre de confianza a Nekao en Sais y Menfis y a su hijo Psamético en Athribis. Parece que Nekao fue muerto por Tanutamón, quedó pues Psamético como rey vasallo de Asiria y su reinado dura desde el 664 al 610 a.C. Hemos visto como el Delta occidental, desde los tiempos de Tefnakht había luchado con varia fortuna por establecer la unidad política del Bajo Egipto y sus ambiciones se vieron cortadas por las ambiciones de los nubios. Ahora con la anuencia de Asiria cuya peripecia histórica se veía por enemigos orientales, el rey de Sais no sólo iba a conseguir lo que habían ambicionado sus predecesores sino que llegaría a unificar Egipto e incluso participar en la política internacional de la época. Desconocemos la fecha de la retirada o expulsión de los asirios, aunque se puede suponer que el contingente principal de la segun-



Tapa de sarcófago momiforme de la cantante de Amón Ta-Mut-nofret
Dinastía XXI-XXII
(Siglos X-IX a.C.)
Museo del Louvre. París

da expedición de Assurbanipal regresó a Nínive con el rey. No es imaginable una ocupación del país y esto facilitaría la política expansiva de Psamético. Hay una noticia en los Anales de Assurbanipal que se refiere a Psamético del que dice simplemente «Tushamilki, rey de Egipto, que había rechazado el yugo de mi soberanía». El relato de Heródoto (II, 157) tampoco dice nada cuando se refiere extensamente a este rey. Cita, eso sí, el sitio de Ashdod en Palestina, pero no lo relaciona para nada con Asiria. Fuera como fuera, Psamético inició una política de expansión. Partió del antiguo reino del oeste que había heredado de su padre, la zona del brazo canópico con Buto y Sais, y del suyo propio de Athribis, Heliópolis y Menfis, sojuzgó después la zona al este de Sebenytos y Busiris. A continuación se apoderó del reino de Tanis, quedando así creado un estado que comprendía todo el Bajo Egipto. En el Egipto Medio contó con la colaboración del gran sacerdote de Herishef (Arsafes), Pediese, que gobernaba Heracleópolis, cuyo hijo Smatutefnakht continuó la misma línea y fue jefe de los puertos de Egipto, además de gobernador de Heracleópolis. Desde esta ciudad y la próxima de El-Hiba, Psamético extendió su influencia hacia el sur, que con Tebas a la cabeza hacía muchos años que llevaba una vida independiente. El mismo Psamético dejó testimonio en una estela llamada de «la adopción de Nitocris» de cómo instaló a su hija de este nombre en Tebas en el cargo de «heredera de la divina esposa de Amón», lo que en definitiva significaba el reconocimiento de Psamético como rey de todo Egipto. Desconocemos las negociaciones necesarias para lograr que el grupo predominante en Tebas renunciase a su independencia y admitiera la soberanía del norte. Cuando esto tuvo lugar aún vivía Shapenupet II y Amenirdis, la hija de Taharka, cuyo puesto fue respetado por el rey, así como el de Mentuemhat como gobernador de Tebas y cuarto profeta de Amón. La estela evoca el viaje desde Menfis en una flota que navegó Nilo arriba al mando de Smatutefnakht, príncipe de Heracleópolis, al que Psamético confió la custodia de su hija en una navegación que duró 16 días siendo abastecidos los expedicionarios por los nomarcas ribereños. No sabemos cuándo Nitocris heredó el cargo de «divina esposa de Amón», pero sí sabemos que murió 70 años después en el 586 a.C. Recibió de su padre una dote considerable de 903 hectáreas de tierras repartidas en algunos nomos del Bajo Egipto y del Egipto Medio. Después de Tebas cayó en sus manos todo el sur hasta Elefantina donde puso una guarnición y es posible que hiciera alguna incursión en la Baja Nubia que a la sazón estaba casi despoblada.

Muchos historiadores se han preguntado qué fuerzas utilizó Psamético para reunificar Egipto. Heródoto, con su acostumbrada sal griega, da una versión en II, 151, de los comienzos de Psamético que puede tener algo de verdad. Dice que los once reyes del Delta lo habían desterrado después de volver de Siria, adonde se había exiliado huyendo de Sadako (Tanutamón) y lo habían confinado en los marjales del Delta. El oráculo de Buto pronosticó que «la venganza le vendría del mar cuando apareciesen hombres de bronce». Acogió entonces con gran incredulidad la idea de hombres de bronce viniendo en su ayuda. Pero al cabo de poco tiempo quiso la suerte que jonios y carios, hombres dedicados a la piratería, fueron empujados hacia Egipto y desembarcaron e iban cubiertos de armadura de bronce, y un egipcio llegó a los marjales junto a Psamético y como no había visto antes hombres armados de bronce, le dijo que habían desembarcado hombres de bronce y que saqueaban la comarca. Este comprendió que el oráculo se cumplía; se

hizo amigo de los jonios y de los carios, los decide con grandes promesas a aliarse con él; y una vez decididos, de concierto con estos auxiliares y los egipcios bien dispuestos hacia su causa, derrocó a los reyes». Se puede admitir en general el relato herodoteo que está lleno de significado histórico. Los mercenarios griegos, que empiezan a actuar por las costas del Egeo, armados de pesadas armaduras, son los mejores soldados de su tiempo, y su poder frente a los mal armados egipcios debió ser decisivo. Al mismo tiempo, a partir de ahora, la presencia griega en el Delta será un hecho decisivo en la historia de Egipto como reconoce Heródoto (II, 154). Psamético les dio tierras y se quedaron en el país.

Una vez instalado en el país único, Psamético tomó las medidas necesarias para controlar el país con hombres de su confianza. Frente a esta política sólo conocemos una revuelta de los soldados estacionados en Elefantina pero la crítica moderna se inclina a situar esta sublevación más tarde en tiempos de Apries.

La política exterior de Psamético estuvo condicionada por los grandes acontecimientos que se desarrollaban en Asia. Libre de los asirios, que durante la primera parte de su reinado se vieron ocupados en campañas incesantes en el este, buscó la alianza de Giuges de Libia. Cuando los cimerios (escitas) acabaron con el libio, Psamético ofrece su alianza a los asirios, quienes le dejan las manos libres en Palestina y Líbano. Se apoderó de Ashdod y tropas egipcias combatieron al lado de los asirios en el 616 y el 612 a.C.

De especial interés en el reinado de Psamético es el desarrollo de la marina y la organización de los puertos y sus aduanas. Todo esto fue el resultado de un hecho nuevo que se producía en el Egeo: la presencia de los griegos que desde hacía cien años estaban preparando el advenimiento de una nueva era de la historia universal. Habían emprendido ya su gran expansión por el Mediterráneo y se habían establecido en Egipto como mercenarios. Junto a ellos llegaron judíos y otros orientales, pero no pudieron competir con los griegos en eficacia militar y comercial. Volviendo al tema de los puertos y las aduanas se establecieron controles en Asuan, en Saft el-Hemna y en Sais. A consecuencia de lo dicho Egipto se abre ahora hacia el Egeo como antes lo estuvo hacia el Mar Rojo, pero con una intensidad mucho mayor. Podría pensarse que ésta era una rara ocasión para que Egipto entrase en las nuevas corrientes históricas que habían preparado los griegos, pero su larga tradición y su incapacidad de evolución le hicieron perder esta ocasión como iremos viendo.

Nekao II (609-595 a.C.)

Se encontró con los problemas del oriente y la alianza con Asiria la cual estaba dando sus últimas boqueadas, luchando contra Nabopolasar de Babilonia. A diferencia de su padre, dirigió expediciones, no a la costa palestina, sino que se atrevió a llegar hasta el mismo Eufrates que no había sido hoyado por ejércitos egipcios desde los grandes guerreros de la Dinastía XVIII. El año 609 salió en socorro de Harran donde Asurubalit se defendía de babilonios y medos. De camino se encontró con el tozudo Josías de Judá, dispuesto a detener al egipcio. Chocaron en Megiddo y allí fue derrotado y muerto Josías. Los judíos elevaron al trono a Joacaz que reinó tres meses, fue depuesto por Nekao y llevado a Egipto donde murió. En su lugar puso a Joaquín. Sometió el resto de Siria y cuando se sublevó Gaza fue dominada con ejemplar escarmiento. Kitchen cree que el contratiempo de Megiddo selló el destino de Asiria porque no recibió a tiempo la ayuda egipcia. El año 605 el príncipe babilonio Nabucodonosor viene hacia Egipto con un ejército y se en-

cuentra en Karkemish con Nekao al que infringe una gran derrota y recobra toda Siria y Palestina. Esta batalla mereció los apostrófes encendidos de Jeremías. No se arredró el egipcio porque cuatro años más tarde vuelve al ataque y después de una sangrienta batalla con pérdidas por ambas partes los babilonios se retiran.

Una vez más tenemos que insistir en la importancia de la marina egipcia bajo Nekao II. Heródoto (II, 158) da noticias de la construcción de un canal desde el Nilo al Mar Rojo, acabado después por Darío. El canal iba de Bubastis a Pi-Tumu (Tell el-Maskhuta) y finalmente al Mar Rojo. Cuenta Heródoto que en los trabajos perecieron 120.000 egipcios y no se terminaron porque un oráculo le pronosticó que trabajaba para el bárbaro. El mismo Heródoto (IV, 42) narra otra historia que demuestra el interés de Nekao por las cosas del mar. Es el famoso viaje de circunnavegación de Africa, partiendo de las costas del Mar Rojo y regresando por las Columnas de Hércules hasta Egipto. La flota era fenicia. En el mismo sentido de interés por lo extranjero se ha de entender la fundación por el rey de una escuela de intérpretes.

Psamético II (594-588 a.C.)

Este faraón volvió a las expediciones a Nubia. No conocemos la causa inmediata aunque se puede suponer que la casa real de Napata no había renunciado a sus aspiraciones en Egipto. Tal vez para conjurar este peligro Psamético II invadió Nubia con un ejército de mercenarios griegos, carios y fenicios, además de tropas egipcias. Una inscripción griega grabada en uno de los colosos de Abu Simbel dice: «Cuando el rey Psamético vino a Elefantina, esto fue escrito por los que viajaron con Psamético, hijo de Teocles, y llegaron más allá de Kerkis (quinta catarata) hasta donde el río lo permite. Los que hablaban lenguas extranjeras eran mandados por Potasimto, los egipcios por Amasis». Otra inscripción de Karnak habla de la expedición y dice que llegó a Pnubs (Tumbos) y que después de derrotar a los nubios ocuparon el «país de Shas» que se ubica en la zona de Dongola y que probablemente incluía Napata. No se sabe si ocuparon Napata, pero el hecho de que por esta época se trasladara la capital del reino a Meroe podría ser un indicio. Es curioso que el contingente cario de esta expedición deje inscripciones en Buhen y en Kor. La estela de Shellal, fechada en el año 2, es una réplica de la de Karnak y nos da el testimonio poético de esta campaña. Cuenta cómo el rey «vagaba por los marjales del lago Neceridre» cuando un mensajero vino a anunciarle la victoria de su ejército en Pnubs y que se habían hecho 4.200 cautivos. La campaña nubia tuvo una significación ideológica indudable. Fue la afirmación del egipcio contra lo africano del sur, el rechazo explícito de la dominación negra de la Dinastía XXV. Ello se deduce por el hecho de que el rey mandó borrar los nombres de los reyes nubios de Egipto y —lo que es menos explicable— los de su padre Nekao.

Continuó la política de fomento de la marina mercante y de su tiempo conocemos los nombres de «almirante», como *Hr* y *Iwlhn*.

La política asiática de Psamético es menos conocida, y sin duda menos activa. El año 4 hizo un viaje al país de Kharu (Fenicia) más diplomático que militar.

Apries (588-568 a.C.)

Otra vez volvieron a dominar los problemas de Asia. Babilonia bajo Nabucodonosor se mostraba agresiva. El príncipe de Ascalón pidió ayuda a Apries según nos dice un papiro arameo de Saqqara. El poderío naval egipcio, típico de la época saita, le

permitió hacer una expedición naval contra Tiro, cosa inaudita en la historia egipcia, y un ejército contra Sidón. A su vez Egipto sufrió las consecuencias de la toma de Jerusalén por Nabucodonosor el año 586 a.C. Muchos judíos emigraron a Egipto, y a juzgar por las palabras de Jeremías (44, 1-20) adoptaron las costumbres egipcias por lo menos en religión. Entre los centros más importantes con colonias judías hay que citar a Elefantina.

En su tiempo se produjo un hecho que demuestra las contradicciones internas del estado saita. La presencia de los griegos en Cirenaica, desde tiempos atrás, había provocado conflictos con los libios, que se agudizaron al llegar nuevos contingentes y se desembocó en la lucha armada. Los libios pidieron ayuda a Egipto contra los griegos de Cirene. El faraón mandó un ejército de egipcios que fueron derrotados por los hoplitas griegos de tal manera que pocos pudieron regresar a Egipto. El ejército vencido se sublevó contra el rey quien envió a Amasis para que los pacificara. Los amotinados le proclamaron rey cuando fue a parlamentar Amasis con ellos. Después de una serie de incidentes que nos cuenta Heródoto en II, 162 y IV, 159, la guerra civil entre Amasis y Apries se resolvió en la batalla de Momenfis en la que combatieron los egipcios con Amasis y los griegos con Apries. Aunque poco puede sacarse de la simplista descripción de Heródoto, es evidente que todo este problema está creado por la presencia griega y la debilidad del estado saita. El faraón tiene que recurrir a tropas griegas tanto para sus guerras nubias como para sus luchas civiles. Apries y sus griegos fueron derrotados y el rey muerto.

Amasis (568-526 a.C.)

Heródoto es nuestra fuente más importante para este reinado, pero sus limitaciones son evidentes en cuanto a hechos concretos. Buen ejemplo de ello es la noticia del fragmento de la Crónica B.M. 33041. Se trata de una versión religiosa de hechos históricos del año 37 de Nabucodonosor (568/7 a.C.) y según el texto el rey de Babilonia luchó contra Amasis y penetró en Egipto hasta Putu-Iaman. Es la única noticia no bíblica, porque el profeta Jeremías vaticinó el año 605 (43, 8-13) que Nabucodonosor conquistaría Egipto, lo que, por lo menos tal como lo describe el profeta, parece un tanto exagerado.

A pesar de que subió al trono apoyado por los egipcios contra los mercenarios griegos de Apries su política fue de concordia y no dejó de fomentar la presencia griega en el país, concediendo un *status* a la colonia griega de Naucratis dentro del territorio egipcio así como emplazamientos para santuarios a los transeúntes que venían por mar.

Un episodio significativo de su reinado es la conquista de Chipre, cuya fecha desconocemos pero que debió acaecer en los primeros años. En nuestra opinión es el mejor exponente del cambio de política egipcia que ahora se interesa en el Egeo como nunca lo había hecho.

Parece que el reinado de Amasis fue próspero. El Nilo tuvo excelentes crecidas y el comercio floreció como no lo había hecho nunca. Heródoto habla de 18.000 centros de población, y enumera los monumentos erigidos por la munificicencia real. La leyenda del rey nos lo pinta como un rey popular, bebedor y *bon vivant*.

En política de alianzas internacionales citaremos las que entabló con Creso de Libia y Polícrates de Samos.

De su reinado conocemos algunos personajes importantes como Ahmessaneith, director de la antecámara y el jefe de la marina real Uḏahorresne, personaje que tendrá un gran papel en los años venideros, otros de menor importancia son Teftauneith, gran intendente, etc.



Máscara funeraria de Sheshonq II. Tanis
(Dinastía XXII)
Museo egipcio. El Cairo

VIII. Egipto: de la presencia griega a la XXX Dinastía

Es un hecho de la mayor importancia la presencia de los griegos en Egipto para entender la historia de este país en su última fase independiente. Dejando aparte el problema de las relaciones de Egipto con el Egeo en época antigua, no obstante, debemos admitir que cuando en Grecia hubo un poder fuerte, como en la época micénica, enseguida se nota la presencia de las gentes del continente griego en Egipto. Egipto siempre fue un polo de atracción para los griegos aventureros. Durante la Epoca Oscura las relaciones son menos intensas, pero una vez que la polis se asienta y comienza la gran aventura griega de la colonización por todo el Mediterráneo, Egipto iba a ser una meta griega. Claro está que la existencia de un estado poderoso y organizado como Egipto ofrecía dificultades a los colonos griegos. Heródoto dice que a partir de Psamético I los griegos saben exactamente lo que pasa en Egipto puesto que fueron los primeros de lenguas extranjeras que se establecieron en el país. En un texto conocido (II, 178) dice este historiador: «Habiéndose hecho (Amasis) amigo de los griegos, les dio algunas pruebas de su buena disposición; a los que venían a Egipto les dio Naucratis para establecerse, a los mercaderes que no querían quedarse les dio terrenos para eregir altares y santuarios a los dioses». Los testimonios arqueológicos de la ciudad de Naucratis demuestran que la ciudad existía mucho antes de Amasis. En Egipto se llamaba *Per-Merit* y lo que hizo Amasis fue concederle un estado jurídico definitivo. La ciudad está situada en el brazo canópico y ha sido excavada con irregular fortuna. Parece que las cerámicas más antiguas fechables griegas son de mediados del siglo VII a.C. y continúa sin interrupción hasta el siglo VII d.C. Los arqueólogos descubrieron un templo de Afrodita y una factoría de escarabeos y otros templos de Hera, Apolo y los Dióscuros, además de un Helenion y un fuerte. Naucratis no fue una colonia griega propiamente dicha, es decir, independiente, sino una ciudad con su puerto y sus magistrados locales, pero sin una política propia como ocurre en las colonias griegas del resto del Mediterráneo. Allí afluían griegos de todas las partes de la Hélade: jonios de Quios, Teos, Focea y Klazomenes; dorios de Rodas, Cnido, Halicarnaso y Faselis; eolios de Mitilene; eginetas; samios y milesios. Parece que existió un barrio indígena. No cabe duda de su gran actividad económica en el comercio y la manufactura. Del primero sabemos que se importaba plata amonedada, aceite, vino, armaduras y cerá-

mica, y en general productos manufacturados. Desde Naucratis se exportaba trigo, papiro, productos del sur y manufacturas típicas, entre otras innumerables escarabeos que se encuentran por todo el Mediterráneo. Allí acudían hombres de negocios pero también historiadores, poetas, artistas, algunos de los cuales nos han dejado sus nombres: un tal Fanes, acaso el desertor egipcio que descubrió las defensas egipcias a Cambises; la Doris devota de Afrodita; Rodopis, la esclava comprada por Charaxes, hermano de Safo de Lesbos; Solón de Atenas; Tales de Mileto; Heródoto de Halicarnaso. A través de Naucratis los griegos iban a Egipto en busca de la sabiduría de este viejo país, que entre los griegos gozó de un inmenso prestigio. Naucratis fue pues un punto de encuentro de dos culturas, la egipcia en decadencia y la griega en un momento de creación lleno de porvenir. Ciertamente no fue sólo Naucratis donde los griegos aprendieron muchas cosas de Egipto. Hoy sabemos que el arte griego arcaico es una adaptación del cánon egipcio. La cerámica griega de figuras griegas imita motivos egipcios, y, lo que es más, hasta el *Corpus Hipocraticum* parece inspirado en papiros médicos egipcios, por lo menos en su aspecto formal. Ahora bien, estos elementos egipcios, y otros muchos que la leyenda atribuye a Pitágoras, etc., no son meras copias fósiles culturales de lo egipcio. Antes bien el espíritu creador griego las asimila y las integra en un sistema racional completamente propio. Y a través de Grecia, entonces y después, la cultura egipcia pasa a ser patrimonio de la cultura universal.

Los griegos no sólo se asentaron en Naucratis sino que los encontramos en Dafne y Menfis y sus negocios llegaron hasta el Alto Egipto.

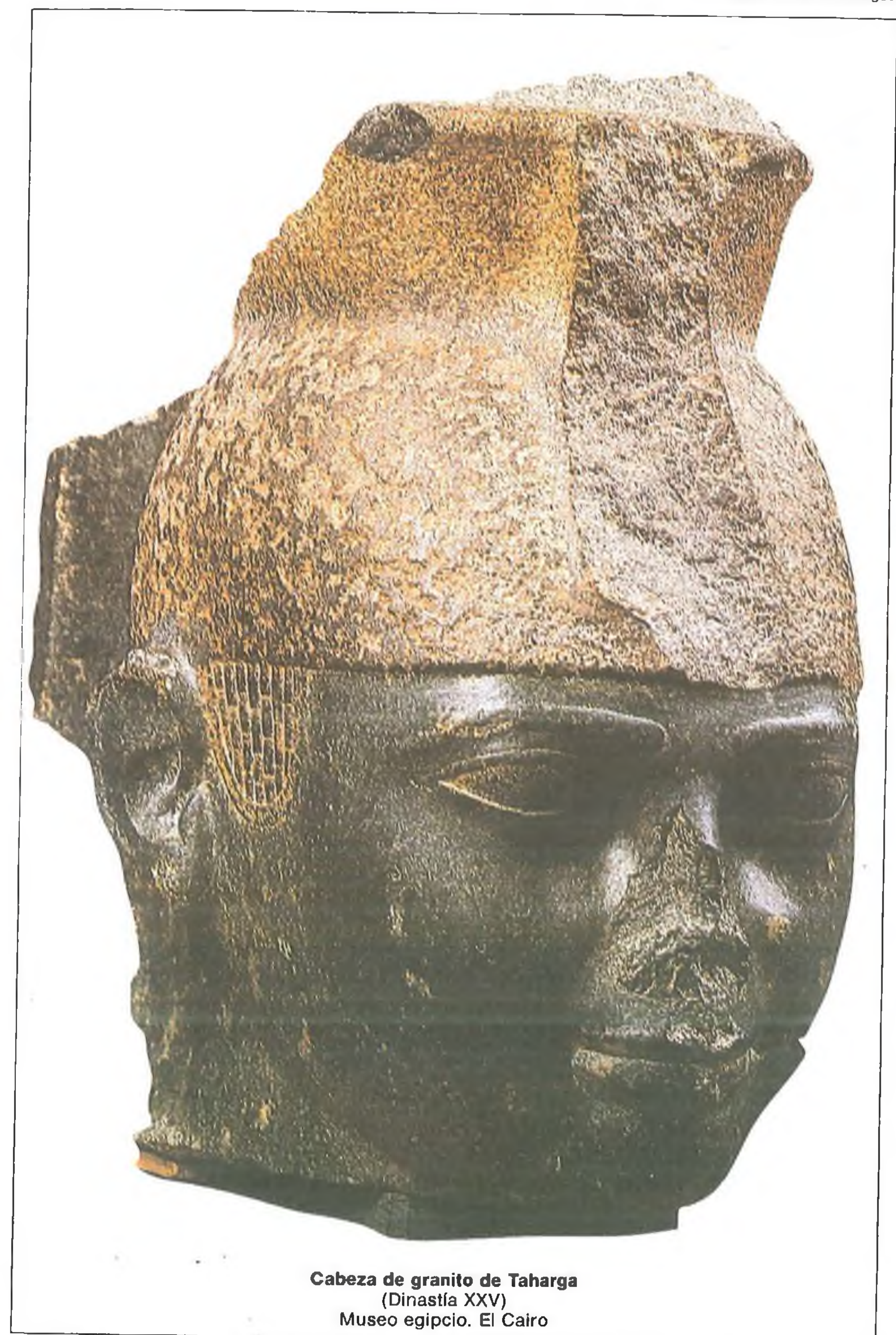
La monarquía egipcia se preocupó de la organización de la ciudad como evidencia el decreto de Naucratis de Nectanebo I del que hablaremos más adelante.

Al margen de esta ciudad y de sus comerciantes los griegos estaban en Egipto, como hemos visto, en el papel de mercenarios, aunque esto pertenece también a la historia política, pero no deja de tener importancia cultural.

Los persas en Egipto. Dinastía XXVII

La política de Amasis con sus alianzas provocó la invasión persa que como un rodillo gigantesco se extendía por todo el Oriente Próximo y a punto estuvo de incorporar también a Grecia. Fanes de Halicarnaso traicionó a su rey egipcio y se pasó a Cambises que invadió Egipto a través del Sinaí con guías árabes y beduinos. Psamético III fue vencido en Pelusium el año 525 a.C., después de un duro combate. Los egipcios y griegos se refugiaron en Menfis que se rindió después de un largo sitio. El rey fue hecho prisionero y según Girshmam fue llevado a Susa. Por el contrario el relato de Heródoto (III, 25) dice que Cambises le obligó a darse la muerte por su propia mano después de intentar una sublevación. Cambises ocupó todo el país. Los griegos de Libia se sometieron voluntariamente. Una expedición al oasis de Siwa fue aniquilada por una tempestad de arena. Otra expedición proyectada contra Cartago fracasó porque la tropa fenicia, al servicio del rey de Persia, se negó a combatir contra sus hermanos de raza. Parece que otro fracaso fue una expedición contra Nubia.

En cuanto a la política de Cambises en Egipto tenemos dos versiones. La primera es la tradición griega conocida a través de Heródoto (libro III) que nos lo pinta como un déspota oriental que cometió toda clase de desmanes contra los dioses egipcios, una vez que se volvió loco por el fracaso de sus expediciones. En el colmo



Cabeza de granito de Taharga
(Dinastía XXV)
Museo egipcio. El Cairo

de su insania dio muerte a un buey Apis por su propia mano. Es evidente que esta visión de los hechos responde a la ideología de un griego del siglo V frente a un bárbaro persa cuyos sucesores estuvieron a punto de aniquilar a Grecia. Parece que lo del Apis es mentira. No obstante, testimonios judíos, que en principio parece fueron colaboracionistas con los invasores, hablan de destrucciones de templos egipcios. Afortunadamente conservamos también la versión egipcia de los hechos. Es la biografía escrita en una estatua del Vaticano de un alto funcionario egipcio antes de la invasión persa y después de ella. Ello le confiere el más alto interés, porque pocas veces podemos tener la oportunidad de poder analizar testimonios distintos y aún contrarios de un hecho tan trascendente como es la invasión persa en Egipto. El texto es importante tanto por lo que dice como por lo que calla. Se trata de Udahorresne, jefe de la flota egipcia en tiempos de Amasis y que lo seguía siendo en el momento de la invasión. Después de ella gozó de la confianza de Cambises e incluso de Darío. Ante todo casi no habla de la invasión, en la que tuvo que tomar parte al mando de la flota egipcia, pero es de suponer que su participación no fue demasiado brillante. Alude vagamente al hecho en los siguientes términos: «El gran jefe de todos los países extranjeros Cambises vino a Egipto». Más adelante cita «El gran torbellino que se produjo en el nomo saita», durante el cual él salvó a muchas gentes. Sobre la política del rey persa, todo su afán es demostrar cuanto él hizo para que el gran rey conociera las cosas de Egipto y las protegiera, especialmente la ciudad de Sais y su diosa Neith. Precisamente él fue el que compuso la titulatura real y el rey le nombró su médico y gozó de gran favor ante el rey de Persia. En términos modernos es el autorretrato de un colaboracionista, representante de la aristocracia



Estuche de la Divina Adoratriz de Amón Shapenupet II
(Dinastía XXV)
Museo del Louvre. París

funcionarial que se adapta, sin escrúpulos, a un régimen tiránico extranjero. Permítasenos contraponer a este tipo de noble adaptable la actitud de aquellos espartanos que habían sido invitados a colaborar con los persas por el sátrapa Hidarnes y le contestaron: «Tú no sabes nada de la libertad, de si es dulce o amarga. Si tú la hubieras probado nos aconsejarías luchar por ella no sólo con lanzas sino con hachas» (Heródoto, VII, 135). Desgraciadamente para Egipto, éste no fue el caso de Udahorresne.

El reinado de Darío (522-485 a.C.)

Después de la revuelta de Gaumata en Persia reinó Darío. Había quedado como sátrapa en Egipto Ariandes, quien tuvo que sofocar una sublevación de Libia con un ejército al mando de Amasis, que, aunque logró dominarla, sufrió grandes pérdidas en su viaje de vuelta. Es posible que hubiera revueltas en Egipto contra la política de Ariandes, revueltas a las que podría referirse Udahorresne en una segunda alusión a los disturbios de su nomo, y que confirmaría un conocido texto de Polieno (VII, 11, 7). No se sabe por qué el viejo Udahorresne fue a Susa probablemente huyendo de los disturbios contra Ariandes. Volvió a Egipto por orden de Darío y en Sais restauró los estudios de la ciudad (Casa de la Vida), que habían caído en lamentable abandono. El final de Ariandes fue la muerte, que según los griegos mereció por su soberbia y el querer gobernar en Egipto con total autonomía de la corte de Susa.

En general el reinado de Darío fue de fomento de la riqueza y respeto por las instituciones egipcias. Por este tiempo se hizo una recopilación de leyes egipcias continuando una tradición de fijación del derecho, que lamentablemente desconocemos. Los egipcios seguían con sus tradiciones, algunas de las cuales aparecen en un papiro de El-Hiba lleno de interés, en el cual un descendiente de Petiese pleitea contra los que quieren despojarle de sus derechos al sacerdocio de Amón de Teudoi (El-Hiba). El propio rey vino a Egipto con el fin de aplacar los ánimos revueltos, lo que consiguió, según la tradición griega, haciendo un espléndido regalo al que encontrara un nuevo Apis. En su política de fomento de lo egipcio, mandó construir un gran templo en el oasis de Kharga y prestó interés a la explotación económica de Egipto de lo que es buena muestra la terminación del canal entre el Nilo y el mar Rojo empezado por Nekao II.

Al final de su reinado se produce la derrota de las tropas persas en Maratón (490 a.C.), lo que provocó una sublevación de todos los sometidos a Persia entre los que se contaban los egipcios. A partir de entonces los hechos ocurridos en Grecia y el Egeo van a repercutir directamente en los golpes y contragolpes de la resistencia egipcia frente a Persia.

Jerjes (485-464 a.C.)

Heredó la sublevación en Egipto y el año 483 marchó a este país y restableció la paz. A partir de entonces la dominación persa se hizo tanto más dura cuanto eran mayores sus fracasos en Grecia. En Salamina combatió la flota egipcia formando parte de la armada persa, lo cual no deja de ser una profunda contradicción histórica. Egipto se mantuvo tranquilo.

Artajerjes (464-424 a.C.)

El año 460 Egipto volvió a sublevarse bajo el caudillaje de Inaros y Amirteo de Sais, apoyados por una flota ateniense comandada por Karitimides que llegó a Menfis. Gracias a su acción los egipcios vencieron en Paprenis, pero allí cayeron Karitimides y el sátrapa Aquemenes. Los persas se re-

fugiaron en Menfis y resistieron tanto que dieron tiempo a recibir refuerzos y esta vez los griegos fueron los que tuvieron que refugiarse en Prosopitis. Al final (454) sólo unos pocos pudieron retirarse por Libia, 6.000 se rindieron y el resto fueron muertos. Los egipcios habían hecho la paz por separado con los persas. Inaros fue hecho prisionero, llevado a Susa y allí crucificado. Continúa la rebelión bajo Amirteo que pidió ayuda a los atenienses, pero éstos no intervinieron aunque mandaron una flota que se volvió a Grecia.

Desde el 448 al 404 se sabe muy poco de lo que pasa en Egipto. Es la época en que Heródoto hace su viaje al país del Nilo y lo encuentra en paz ya que puede ir de un lugar para otro hablando con los sacerdotes e informándose para su historia.

Darío II (424-404 a.C.)

El año 410 se produce un brote de xenofobia en el Alto Egipto. En Elefantina se había establecido desde hacía mucho tiempo (siglo VI a.C.) una colonia de judíos y arameos que ha dejado una abundantísima documentación. Precisamente en arameo, lengua oficial del Imperio Persa en Egipto. La posición política de los judíos era de colaboración total con la administración persa a la que servían como soldados acantonados en la ciudad de Elefantina, y esto provocaba la hostilidad de los egipcios y griegos contra dicha minoría extranjera. El año 17 de Darío fue destruido su templo.

Dinastía XXVIII. Amirteo (404-398 a.C)

Amirteo de Sais aprovechó la debilidad del Imperio Persa, presa de la guerra civil entre Ciro y su hermano Artajerjes que se resolvió en la batalla de Cunaxa, para sublevarse contra el yugo persa y afirmar la independencia de Egipto. Fue reconocido en todo el país y el el único rey de esta dinastía.

Dinastía XXIX. Neferites I (398-392 a.C.)

Buscó la alianza con los espartanos contra los persas. Jenofonte (Anabasis I, 4, 5) nos dice que Persia había reunido un ejército en Fenicia pero fracasó por la guerra civil que antes citábamos. Esparta lanzó por aquellos años la gran ofensiva capitaneada por Agesilao y éste fue el que inició las negociaciones con Neferites quien puso a su disposición el equipo de cien tirrenes y 500.000 sacos de trigo, pero el almirante ateniense Conón se apoderó del envío antes de que llegara a Esparta.

Tenemos algunas noticias de este rey en la llamada *Crónica Demótica*, un extraño documento en el que en forma de oráculos se nos van dando noticias de los reyes egipcios desde Amirteo hasta Nectanebo II con una visión moral de la historia. La crónica es tardía de época helenística pero da la sucesión de los reyes y algunas noticias sobre ellos. La explicación de los hechos humanos se hace según fueran o no respetuosos con los dioses, lo mismo que los profetas bíblicos y en general la historiografía judía. Por ejemplo sobre Neferites dice: «Como ha obrado justamente (los dioses) han hecho que le suceda su hijo después de él; pero le han dado pocos días a él, a causa de inmensas desgracias que sufrieron en su tiempo».

Achoris (391-379 a.C.)

El año 392 reinan en Egipto dos faraones: Muthis y Psammuthis, de los que no sabemos nada. De Achoris tenemos algunas noticias más y sabemos que combatió en la medida de lo posible a los persas, tomando parte en todas las intrigas que hacía Atenas y después Evagoras de Salamina con-



Irigdiganen
(Dinastía XXV)
Karnak. Museo egipcio. El Cairo

tra el persa. La fortuna no les acompañó pero se salvaron porque Persia estaba pasando momentos muy difíciles. Utilizó mercenarios griegos, ya que no pudo conseguir la ayuda oficial de los estados helénicos.

Lo mismo que su antecesor Neferites, su obra constructiva es notable y tenemos huellas de su actividad en Karnak, Medinet Habu y Tod.

El último rey de la dinastía fue Neferites II destronado por Nectanebo I.

Dinastía XXX

Es la última dinastía egipcia independiente.

Nectanebo I (378-360 a.C)

De sus primeros años es el llamado Decreto de Naucratis en favor del templo de Neith en Sais que antes citábamos. En él se establece, según M. Lichtheim, contra lo opinado durante mucho tiempo, que el diezmo de los impuestos reales percibidos en la colonia griega pasarán a dicho templo. Persia no cejaba en su ánimo de reconquistar Egipto y envió una expedición mandada por Farnabazo, sátrapa de Siria que los historiadores griegos hacen ascender a 200.000 persas y aliados y 20.000 mercenarios griegos, cifra que creemos exagerada. Los persas penetraron hasta Menfis pero las disputas entre Farnabazo e Ificrates, caudillo de los mercenarios griegos, dificultó el avance y dio tiempo a que se reagruparan las fuerzas de Nectanebo que sitiaron a los invasores. Una inundación del Nilo obligó a los persas a retirarse. Libre de este peligro el rey dedicó los últimos años de su vida a la construcción de templos y santuarios por todo Egipto. Se reabrieron las canteras de Wadi-Hammamat para las obras de Karnak, Tod, Edfu, Menfis, etc.



Montremhat. Cuarto profeta de Amón
(Dinastía XXV-XXVI)
Procede de Deir-el-Bahari
Museo egipcio. El Cairo



Cabeza de una estatua del rey Apries
Dinastía XXVI
(Hacia 580 a.C.)
Museo del Louvre. París

Teos (361-359 a.C.)

Fue corregente de su padre y según la tradición griega partidario decidido de la alianza con los griegos. El viejo rey Argesilao, ahora capitán de mercenarios, vino a Egipto con 1.000 hoplitas donde se le juntó Cabrias el ateniense quien indujo a Teos a esquilmar al país para pagar a los mercenarios griegos. Juntos planearon una aventura destinada a hacer la guerra contra Persia, viejo ideal al que Argesilao había dedicado su juventud. La expedición partió para Asia formada por un contingente de cerca de 100.000 hombres entre los que figuraban los hoplitas espartanos y los mercenarios atenienses. La campaña se inició con algunos éxitos en Siria pero al final acabó en un completo fracaso por las disputas entre Teos y el rey cojo Agesilao quien prestó su apoyo al joven Nectanebo que servía en el ejército en connivencia con los egipcios y con su padre que había quedado de regente en Egipto. Teos tuvo que refugiarse en Persia donde permaneció hasta su muerte.

Nectanebo II (359-341 a.C.)

Cuando llegó a Egipto se encontró con una rebelión que se inició en Mendes, probablemente de los partidarios de Teos, pero la intervención de Argesilao hizo que no sufriese el rey daños mayores. Como dice Gardiner, desde el punto de vista egipcio, el reinado de Nectanebo II es una réplica exacta del de Nectanebo I en cuanto a su duración y a su enorme actividad constructiva. De ambos reyes nos han quedado multitud de monumentos por todo el país, inspirados en el arte saita y que demuestran que hasta el último momento de la independencia egipcia, los reyes demostraron su piedad y su buen gusto construyendo magníficos edificios.

Pero en Persia había subido al trono Artajerjes III o Ochos (358 a.C.), dispuesto a rehacer el gran imperio persa de sus antepasados. Egipto era el gran objetivo y a él se dirigió el año 343, después de haber sometido Fenicia y Palestina. La expedición iba dirigida por el rey en persona. Los egipcios ofrecieron resistencia en Pelusium. Los mercenarios griegos de Clinias de Cos fueron derrotados. El rey se retiró a Menfis. Se produjeron rendiciones, cayó Bubastis y el rey Nectanebo II huyó a Etiopía y nunca más se supo de él.

Egipto volvía a ser provincia persa.

IX. Estado y sociedad

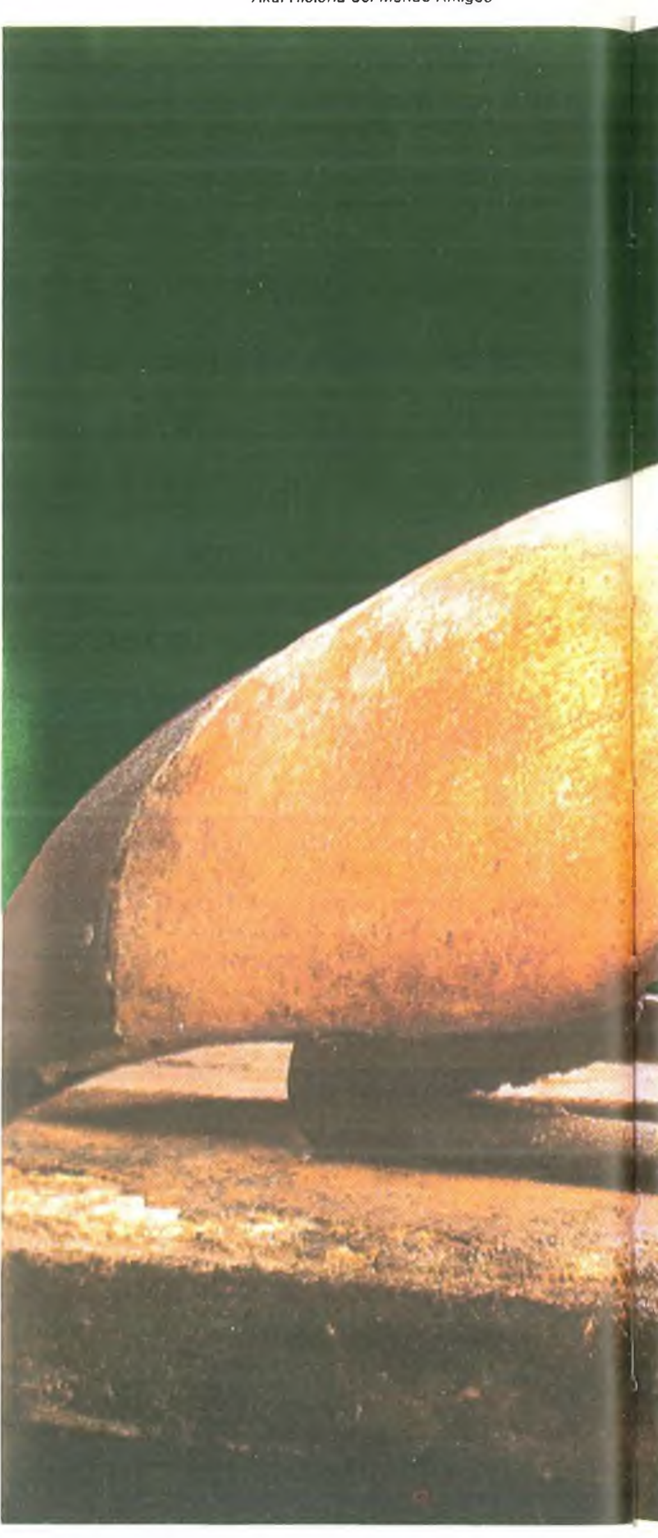
III Período Intermedio

El tercer Período Intermedio (1050-664 a.C.), como hemos visto en la exposición de los hechos históricos, es el más turbulento de la historia egipcia. Teóricamente el faraón sigue gobernando en todo el país asistido por su visir o visires; los grandes templos siguen teniendo inmensas propiedades. Pero la realidad ha cambiado totalmente. Han decaído algunas fuerzas antes determinantes, y han aparecido otras vigorosamente eficaces. La primera es la decadencia del poder efectivo del faraón. A partir de Ramsés III no hay un verdadero faraón en Egipto. La institución vacilante y en manos de mediocridades, llega a anularse con Ramsés XI que vive oscuramente en Tanis tolerando el poder real de Smendes, primero como faraón *de facto* y después faraón *de iure.*

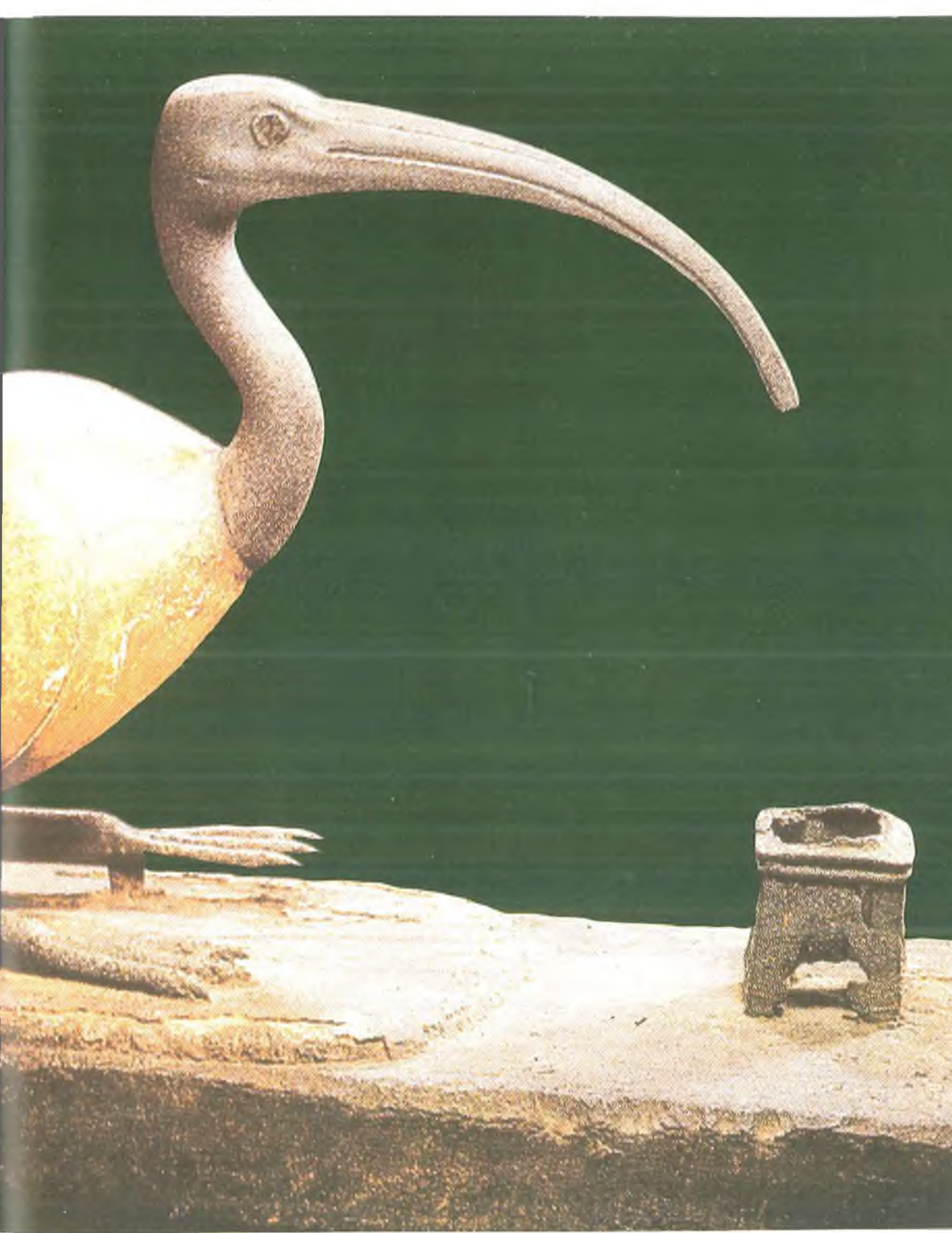
La opinión de que ha perdido todo carácter divino está clara en el relato novelado de Unamón. Allá en Tebas Herihor campa por sus respetos y hasta tiene pujos de faraón. Nubia se ha perdido para siempre a pesar de tímidos esfuerzos. La Dinastía XXI no aspira más que a un control teórico del Bajo Egipto y rehace una capital de cortos vuelos. Reyes tanitas y grandes sacerdotes representaban la vieja tradición ramésida. La solución vino por donde tenía que venir, del único poder real existente, los jefes de los *ma* y de los *libu* que se habían asentado en el Delta occidental. Unos hombres bieron al poder (Dinastías XXII y do unas relaciones de poder con sus vasallos, las cuales en mi opinión eran algo parecido al poder feudal en un ambiente propicio, constituido por masas serviles, algo así como los bárbaros en el Imperio Romano. Se egipcianizaron profundamente y de su origen sólo les quedó la pluma en la cabeza, símbolo de su pasado étnico. Grandes sacerdotes de cultos locales y jefes de las guarniciones, pronto subieron al poder (Dinastías XXII y XXIII) y controlaron Tebas nombrando a los grandes sacerdotes. Participaron en empresas asiáticas como los antiguos faraones. No obstante no pudieron construir un estado políticamente trabado y al final se escindieron en dos dinastías paralelas, que no fueron capaces de eliminarse una a otra. Al final surgió un poder (Dinastía XXIV) que aspiró a ello, por obra de un hombre de excepcional carácter, Tefnakht. Cuando estaba a punto de conseguirlo otro factor histórico intervino, y esta vez el poder venía de la ciudad de Napata. No eran bárbaros interiores, eran bárbaros exteriores que habían sido aculturados por la presencia egipcia y se

lanzaron a la conquista de todo Egipto. Piankhi logró la unificación de Egipto imponiendo otra vez una política unitaria. Su fracaso se debió a que los acontecimientos que tenían lugar en Asia anterior metieron a Egipto en la dinámica de los grandes imperios próximo-orientales, como había ocurrido en la Dinastía XVIII, pero esta vez Egipto fue la presa no el país conquistador.

En este período tan interesante para el historiador, y por otra parte algo más documentado que otros períodos intermedios, se producen fenómenos que nos gustaría conocer mejor. Ante todo el hecho de que se levanten fortalezas en muchos lugares. Parece que el modelo es Medinet Habu, obra de Ramsés III. Después se construye El-Hiba y Shurafa en el Egipto Medio, y cuando leemos los textos de la conquista de Piankhi y Taharka, vemos que casi todas las ciudades de Egipto están amuralladas. Da la impresión de que se habían abandonado los campos y las gentes seguían refugiadas en las ciudades. Por otra parte sabemos que durante la primera parte del período las guerras civiles asolaron la Tebaida y llegaron hasta Heracleópolis. Ambos fenómenos no pueden dejar de tener relación. ¿Invasiones de nubios, Panehesi, libios, las rivalidades de los jefes de los *ma* o de los *libu* o sublevaciones de los propios campesinos? Los saqueos de tumbas en las necrópolis de Tebas pueden explicarse por el desequilibrio económico, al hallarse la corte real en el norte y disminuir la redistribución de riquezas por obra de los faraones. Aunque no creemos en las comparaciones con otras épocas y países, estamos tentados de pensar en un momento de la historia de Roma que presenta características similares y éste es el siglo III a partir de Aureliano.



Ibis sagrado
(Dinastía XXVI)
Museo egipcio. El Cairo



El Egipto saita

La unificación de Psamético se hizo con la idea de restaurar la monarquía egipcia tradicional, pero como en todas las restauraciones, descansaba sobre supuestos totalmente nuevos. Estos consistían en la presencia de los griegos, el comercio con el Egeo y sobre todo la evolución interna producida por las invasiones etíope y asiria. Se nota una clara tendencia a borrar el recuerdo de los reyes negros.

La fachada no había cambiado. El faraón seguía siendo teóricamente lo que había sido siempre. Sin embargo la descripción que hace Heródoto del rey Amasis, como personaje alejado de todo fausto real debe tenerse presente en líneas generales. El impacto de las dominaciones extranjeras había demostrado hasta la saciedad que el faraón distaba mucho de ser un personaje divino y su brazo invencible, y la independencia de los generales y grandes sacerdotes del Tercer Período Intermedio era una señal de su escaso poder dentro del país. El gobierno central tuvo como capital Menfis donde residía el faraón. Siguió existiendo el visir, aunque desconocemos sus competencias. Altos funcionarios eran el «director de las granjas», el «escriba de cuentas». Especial importancia tuvo el jefe del ejército y «almirante de la flota», que controló todo el Alto Egipto desde Heracleópolis, pero pronto fue incorporado a la administración central en tiempo de Amasis.

La administración provincial de la época saita es una consecuencia de la evolución del estado durante el Tercer Período Intermedio. Los principados formados en la época libia dieron lugar a la formación de los nomos que se establecen ahora en número de 40, con una administración propia dirigida por los *nomarcas*, al frente de la administración provincial con sus escribas y tribunales. La última unidad es la aldea, dirigida por un *hati-a*, nombre que significa tanto alcalde como gobernador de una ciudad.

La labor de la administración se reducía fundamentalmente a la recaudación de impuestos para su propio mantenimiento y el de la corte y la política faraónicas. A las cargas ya conocidas sobre el campo se añadió ahora la organización de las aduanas, tanto en el sur como en la costa. La apertura en gran escala del comercio mediterráneo y la presencia de los griegos en Naucratis dan lugar a la regulación de las tarifas de esta ciudad en tiempos de Nectanebo, según la cual el templo de Neith de Sais recibía el 10 por 100 de los impuestos reales, cuya cuantía desconocemos.

La sociedad saita

El rasgo más destacado de la sociedad saita es su organización por profesiones. Heródoto, que escribía a mediados del siglo V a.C., es decir, en medio de ella, lo afirma taxativamente y fuentes persas lo corroboran. Hay que hacer constar que la tendencia del egipcio de todas las épocas a que el hijo sustituyera al padre en la profesión o el cargo, sobre todo cuando se trataba de una profesión o cargo bien remunerados, contribuía a este desarrollo.

Los sacerdotes eran una clase privilegiada, pero bajo esta palabra se incluyen muchas categorías de personas que tienen una jerarquización indudable. De todos modos las grandes propiedades templarias permitían una posición destacada al estamento en general.

Los militares desde el Imperio Nuevo recibieron tierras para subsistir, principalmente los altos mandos, los mandos inferiores y hasta los soldados. Los libios que se asentaron en el Delta y el-Fayum después de Ramsés III obtuvieron sus fundos del estado y dieron lugar a un feudalismo típico. Las invasiones etíopes y asirias les recortaron la importancia política pero

conservaron la económica y su profesionalidad militar. Igual *status* tuvieron los egipcios que se dedicaban a la profesión de las armas. Heródoto los clasifica en *calasirios* y *hermotibios*. Parece que los primeros estaban asentados en la zona del sur del Delta y en el brazo pelusiaco, y los segundos en el occidente y centro del Delta. La cifra de 410.000 que da Heródoto nos parece exagerada.

La clase artesanal comprende, según Heródoto, una serie de profesiones desempeñadas por los que, en una sociedad poco desarrollada, pertenecerían a una clase de hombres libres que vivían de su trabajo: vaqueros, porqueros, comerciantes, intérpretes y timoneros, con lo cual no agota ni mucho menos las profesiones libres de la época. A la vista de ello no podemos dar demasiado crédito a sus impresiones de turista ilustrado y curioso. Quedan fuera los escultores, pintores, canteros, bataneros, tejedores, ceramistas, carpinteros, joyeros, etc., y entre los que enumeera no podemos admitir que el comerciante tuviera el mismo *status* que el porquero o el barquero.

Los siervos de la gleba siguen siendo una clase campesina importante en el campo egipcio. Trabajaban las tierras de los grandes propietarios, fueran éstos los templos, el faraón, la corte o ricos terratenientes. Estaban vinculados al suelo como en épocas anteriores y no parece que plantearan problemas sociales.

Los esclavos siguen sin tener una diferencia clara con los siervos, como hemos dicho antes. En algunos casos, los contratos de venta indican que en la época saita el esclavo no podía poseer bienes propios, acercándose a la condición del *servus* romano. Es posible que las variaciones fueran infinitas según cada caso. El origen de la esclavitud era la sentencia judicial, la guerra, el comercio de esclavos, e incluso la propia voluntad en casos de extrema pobreza que obligaba a los indigentes a ofrecerse como siervos o esclavos a los templos, donde podían remediar su necesidad. El refugio en los templos es una constante egipcia que encontramos hasta la época grecoromana.

Los extranjeros adquieren una gran importancia en la época saita. Ya hemos hablado de los griegos de Naucratis, pero además había otras etnias que se refugiaron en Egipto en busca de bienestar. Destacan los judíos que llegaron a tener una gran importancia en Elefantina y que sirvieron como mercenarios. Las invasiones de asirios dejaron la resaca inevitable de arameos, fenicios, sirios, persas, etc. Todo ello dio lugar a que la sociedad egipcia adquiriese un carácter abigarrado y complejo, pero la cultura egipcia fue capaz de asimilarlos a todos, con dos excepciones de distinto grado: los griegos y los judíos, siendo estos últimos los más refractarios a cualquier influencia.

La mentalidad saita

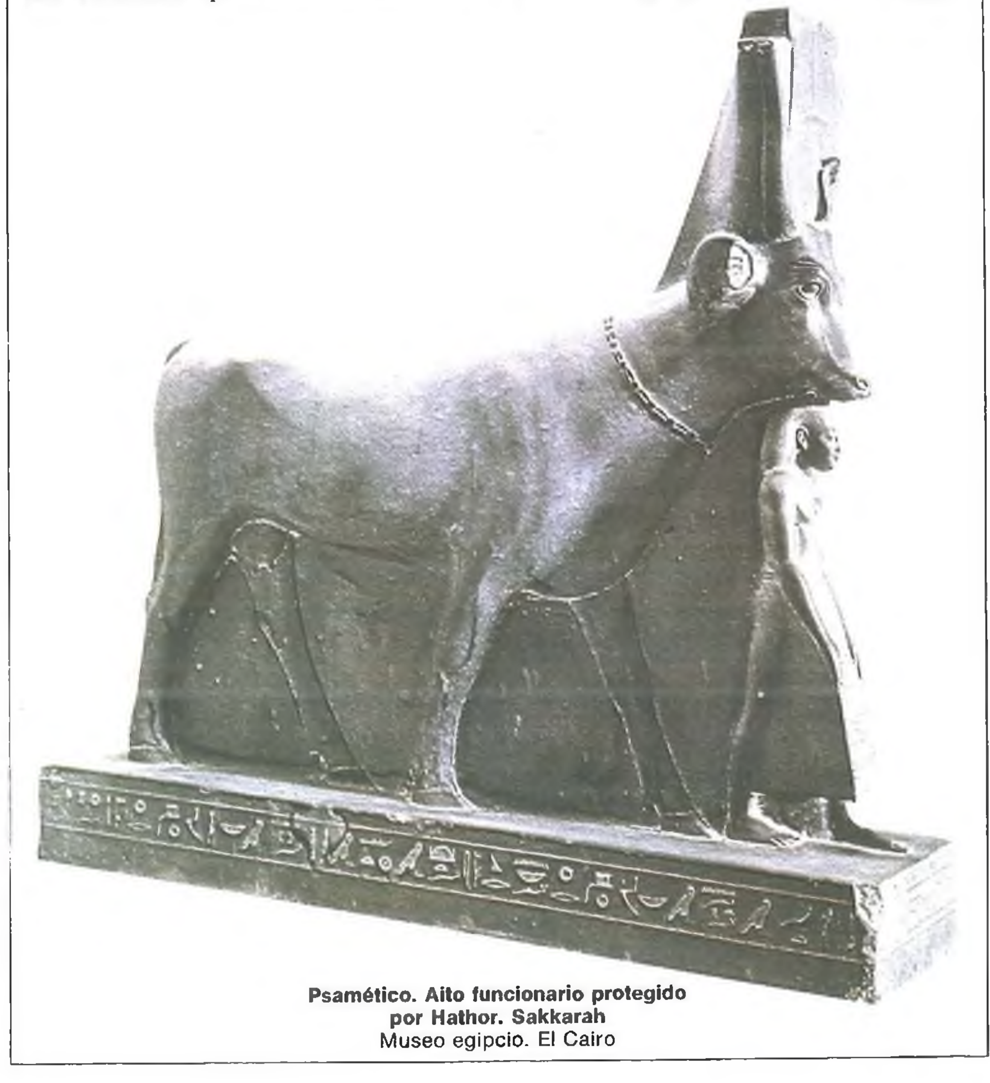
Es difícil, por no decir imposible, hablar de mentalidades o ideologías nacionales en ninguna época de la historia y mucha más en la antigüedad egipcia. Ahora suelen hacerse distinciones entre las mentalidades predominantes en cada clase social o en cada cuerpo profesional, amén de la clase gobernante y por síntesis ponderadas llegar a un común denominador nacional. En el caso del Egipto saita poseemos una serie de datos que podemos entresacar de las biografías de la época en lengua clásica, muy bien estudiadas por Otto y en la documentación demótica o en la literatura demótica. El arte es otro camino fecundo. De todo ello nos resulta un cuadro muy incompleto que se puede complementar a veces con las agudezas de Heródoto y Diodoro, los cuales ven a los egipcios desde fuera, con cierta perspectiva, sobre todo el primero, ya que Diodoro personalmente



La diosa Taweret
(Dinastía XXVI)
Epoca de Psammético I. Tebas
Museo egipcio. El Cairo

nos parece un escritor poco fiable. De todos modos siempre nos movemos en el campo de la mentalidad de la clase dirigente, la cual creemos que no estaba demasiado conectada con las clases sociales bajas. Teniendo esto en cuenta, daremos algunos rasgos que consideramos típicos de la época, pero admitiendo que el Egipto Antiguo siempre se conservó en el fondo idéntico a sí mismo, siendo las variaciones más en cantidad que en calidad.

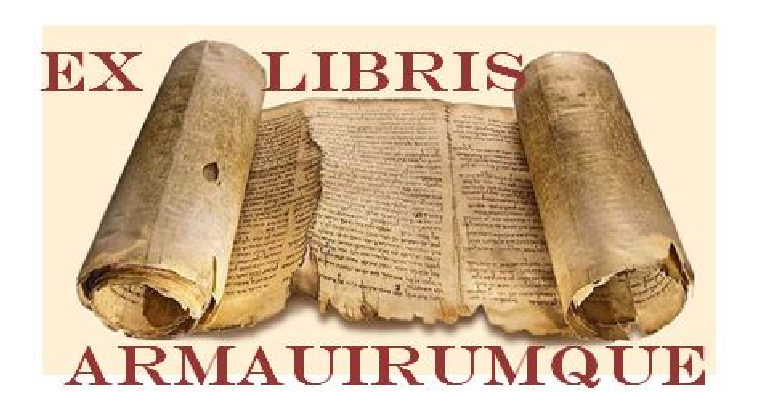
Parece evidente que Psamético y sus sucesores quisieron restaurar la monarquía egipcia de los tiempos buenos y escogieron como modelo al Imperio Antiguo, algo así como hizo Nabonido en Babilonia, dando lugar a lo que llamamos el arcaismo saita. Pero no olvidemos que ellos se manifiestan más en el arte y en la literatura que en otras cosas. Este ideal restaurador ya se puede detectar en la Dinastía XXV si pensamos en la llamada *Teología Menfita* mandada escribir por Shabqa, iniciándose así un género que llamamos pseudo epígrafes, que tantos quebraderos de cabeza han producido y siguen produciendo a los



Psamético. Alto funcionario protegido por Hathor. Sakkarah
Museo egipcio. El Cairo

egiptólogos. En este terreno se da un fenómeno curioso. Mientras por un lado se escribe en «fabla» arcaizante, por otro irrumpe en el uso diario la lengua hablada en escritura «demótica», derivada del hierático cursivo, con una literatura propia.

Las aspiraciones de las familias sacerdotales ofrecen un buen ejemplo en los pleitos de Petiese (Papiro Rylands) que alega ante Psamético I los derechos hereditarios que tiene para los numerosos sacerdocios de toda su estirpe, con una ambición y una contumacia que creemos era compartida por toda su clase. El caso de Montuemhat es otro buen ejemplo de sacerdote modesto de Tebas pero gobernador del sur que sufrió las invasiones etíopes y asirias y se dedicó a restaurar los monumentos. No parece que hiciese resistencia a las invasiones en ninguno de los casos lo que es un rasgo muy egipcio de la época. Un personaje parecido en cierto modo es Udahorresne, almirante de Heracleópolis, que después de la victoria persa colabora tranquilamente con Cambises y Darío, eso sí, por bien de la diosa Neith de Sais y del pueblo. ¡Qué diferencia de comportamiento con el de los jefes de los *ma* frente a la invasión etíope! Figuras como Tefnakht ya no se dan al final de la época saita. Al hombre guerrero ha sucedido el piadoso que se refugia en la paz familiar y el temor a los dioses, con un miedo terrorífico a la muerte. La misma religión ha perdido fuerza. Los únicos dioses adorados en todo Egipto, dice Heródoto, eran Osiris e Isis y en las prácticas religiosas ha ido entrando cada vez más la magia y la hechicería, sobre todo en el pueblo llano. No queremos caer en el tópico de considerar a la época saita como una *decline and fall* en términos gibbonianos, pero si hemos de admitir que el egipcio va siendo reducido cada vez más a un ciudadano de segunda fila frente a los extranjeros que se establecían en el país. Durante muchos años la enorme fuerza de la cultura egipcia fue capaz de asimilar a los extranjeros, pero la iniciativa política y económica quedó en manos de los griegos de Alejandro que fue recibido como libertador.



Bibliografía

Las mismas obras generales del fascículo anterior. Aquí damos la bibliografía específica de la época estudiada.

Baer, K.: «The Lybian and Nubian Kings of Egypt. Notes on the Chronology of Dinasties XXII-XXVI», *J.N.E.S., 32 (1973), pp. 4-25.*

Bierbrier, M.L.: *The Late New Kingdon in Egypt (c. 1300-664 b.C.). A Genealogical and Chronological Investigation,* Warminster, 1975.

Boardman, J.: *The Greeks Overseas,* Londres, 1980.

Breasted, H.: *Ancient Records of Egypt,* vol. IV-V, Nueva York, 1906.

Frye, R.: *La herencia de Persia,* Madrid, Guadarrama, 1963.

Kees, H.: *Das Priestertum im ägyptischen Staat von Neuen Reich bis zur Spätzeit,* Leiden, Colonia, 1953-58.

Kienitz, F.K.: *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zur 4. Jahrhumdert wor Zeitwende,* Berlín, 1953.

Kitchen, K.A.: *The Third Intermediate Period in Egypt (c. 1100-650 b.C.),* Warminster, 1973.

Leclant, J.: *Montouemhat quatrième prophète d'Amon, prince de la ville,* El Cairo, 1961.

Lichtheim, M.: *Ancient Egyptian Literature, III vol. The Late Period,* California, 1980.

Meyer, E.: *Gottesstaat, Militärherrschaft und Standwesen in Aegypten, S.P.A. W.B.,* Berlin, 1928.

Otto, E.: *Die biographischen Inschriften der ägyptische Spätzeit,* Leiden, 1954.

Spalinger, A.: «Esarhaddon and Egypt. An Analysis of the first Invasion of Egypt», en *Orientalia,* 43 (1947), pp. 295-326.